Ginés Liébana. Ibiza 35. (Te he buscado estos días en que mis versos quieren rodearte). "Posío", nº 4, 1946. Orense.

Ágatha. (Era esta misma luz...). "Cántico", nº 1, octubre, 1947. Córdoba.

Himno a los santos niños Acisclo y Victoria. (Porque ahora mi alma anda vana y descalza). "Cántico", nº 2, diciembre, 1947. Córdoba.

Poema. (He paseado en esta noche.). "Cántico", nº 3, febrero, 1948. Córdoba.

Miércoles de Ceniza. (Otra vez tu ceniza, Señor sobre mi frente.) "Cántico", nº 4, abril, 1948. Córdoba.

Antiguo muchacho. (Entre la noche era la madreselva como de música). "Cántico", nº 6, agosto-septiembre, 1948. Córdoba.

Las tres viejas mujeres. (Lloraban quedamente por largas galerías). "Cántico", nº 7, octubre-noviembre, 1948. Córdoba.

Himno del cedro. (Oh qué dulce negrura perfumada). "Cántico", nº 8, diciembre, 1948 - enero, 1949. Córdoba.

Canto a la Inmaculada. (Escúchame, Señora,). "Miriam", Suplemento de "El Carmen", nº 209, enero-febrero, 1949. Sevilla.

Soneto a la Oración del Huerto. (Ángel de nieve y rosa que la oscura), Al Cristo de Gracia (El Águila caudal, Sacro Zafiro,) y A María Santísima de los Dolores (Si la palma se abate, si la almena). "Semana Santa", nº 5, abril, 1949. Córdoba.

Casida. (Ay, no se puede ser desgraciado bajo las palmeras,). "Memoria de los Juegos Florales de Mayo", 1949. Córdoba.

Se peinaba la niña... (Se peinaba la niña,). "Aglae", nº 2, estío-otoño, 1949. Córdoba.

Oda a Gregorio Prieto. (Una mano entre rosas... ¿Recordáis? Tintas pálidas). Gregorio Prieto, Poesía en línea, col. Adonais, nº 53, 1949. Madrid.

Amantes. (El que todo lo ama con las manos). "Platero", 2ª época, nº 10, octubre, 1951, Cádiz.

Cuando los mensajeros. (Cuando los mensajeros golpeen los postigos). "Aljibe", nº 2, diciembre, 1951. Sevilla.

Himno del cedro. (!Oh qué dulce negrura perfumada). "Poesía Española", nº 2, febrero, 1952. Madrid.

Santa María de Trassierra. (Octubre levantaba como un rezo su planto...). "Aglae", nº 9, invierno, 1952. Córdoba.

Rondel para un joven violinista. (Mi canto, para aquel que no sabe). "Aljaba", nº 10-11, julio-octubre, 1953. Jaén.

Cinco décimas a Santa María de la Fuensanta. (1. Fuente Santa de la Gracia / 2. Doncella, flor campesina / 3. Hasta tus piés de pastora / 4. Eres el cedro que mece / 5. Columna que une y anuda). "Alfoz", nº 9, octubre, 1953. Córdoba.

Soneto a Rocío. (La púrpura, el clavel, el vino ardiente...). "Caracola", nº 13, noviembre, 1953. Málaga.

Narciso. (No, no quiero volver...). "Cántico", 2ª época, nº 1, abril, 1954. Córdoba.

Ronda. (Blanca en la dicha de tu cal insomne,). "Caracola", nº 24, octubre, 1954, Málaga.

El monje en la ventana. (Bien lo recuerdo... el corazón del agua). "Cántico", 2ª época, nº 4, octubre-noviembre, 1954. Córdoba.

Cántico de los santos en honor de Nuestra Señora. (Si nuestro oficio no fuera el canto,). "Cántico", 2ª época, nº 5, diciembre, 1954 - enero, 1955. Córdoba.

Junio. (Bajo tu sombra, Junio, salvaje parra,). "Caracola", nº 29, marzo, 1955, Málaga.

(Los que un día os llevasteis, Señor, ¿qué hacen ahora?). "Caracola", nº 31, mayo, 1955. Málaga.

Palacio del Cinematógrafo. (Impares. Fila 13. Butaca 2. Te espero). "Caracola", nº 36, octubre, 1955. Málaga.

Día de la ira. (Desnúdame, no tengo ya otra cosa.). "Caracola", nº 45, julio, 1956, Málaga.

Sansueña. (Alarbes estandartes,). "Cántico", 2ª época, nº 11-12. 1956. Córdoba.

Guadalquivir por Córdoba. (Pasas y estás como una pisada antigua sobre el mármol,). "Caracola", nº 52, febrero, 1957. Málaga.

Sueño de Adán. (Dormido estoy, pues que dormir es esta). "Cuadernos de Agora", nº 5-6, marzo-abril, 1957. Madrid.

Nombre. (Ahora que ya estás solo otra vez para siempre). "Caracola", nº 57, julio, 1957. Málaga.

Jardín galante (Juan Ramón Jiménez). (Otoño y Mozart vagan por el parque desierto.) "Caracola", nº 60-61, octubre-noviembre, 1957. Málaga.

Aunque es de noche. (Porque es de noche y va cayendo el agua). "Cuadernos de Agora", nº 25-25, noviembre-diciembre, 1958.

Soneto a la "Niña de los Peines". (Giralda de las voces... Padecía). "Caracola", nº 101, marzo, 1961. Málaga.

Elegía por soleares a Manuel Rodríguez. (Muerte: !Silencio! Que las guitarras / Infierno. Que nadie a la calle salga. / Gloria. Abre su capa morada). "Programa de la Feria de Fernán-Núñez", agosto, 1962. Fernán-Núñez (Córdoba).

A la luna. (Suspiro de la noche, perla fría). "Caracola", nº 228, octubre, 1971, Málaga.

Guadalquivir por Córdoba. (Pasas y estás como una pisada antigua sobre el mármol,). "Caracola", nº 238-242, agosto-diciembre, 1972. Málaga.

Junio. (Bajo lunas de sueño). "Unicornio", nº 1, julio, 1975. Málaga.

Rogativa por la serenidad. (La montaña y sus fuegos solitarios,). "Cuaderno de Blancanieves", editado por Bernabé Fernández-Canivell, 1978. Málaga.

A Nuestra Señora de las Tristezas. (Abadesa del llanto, Prelada de los lutos,). "Alto Guadalquivir", nº de la Semana Santa Cordobesa, 1979, Córdoba-Jaén.

Romero de Torres. (La Pintura era "fauves", era Kandinsky, era Giorgio de Chirico.). "Homenaje de la Poesía Malagueña a María Pepa Estrada", marzo, 1980. Málaga.

Rincón nativo. (Hermosa sí lo eras, pero ruin y turbia.). "Excelso muro", col. "Nuevos Cuadernos de Poesía", abril, 1980. Málaga.

Óleo. (Si ese azul de tus hombros quedara en el ocaso). "Catálogo de Pedro Bueno", mayo, 1980. Córdoba.

Bajo el ala del ángel. (Bajo el ala del ángel, la mañana). "Tercer Centenario (...) de (...) Palomino", Bujalance, Noviembre, 1955.

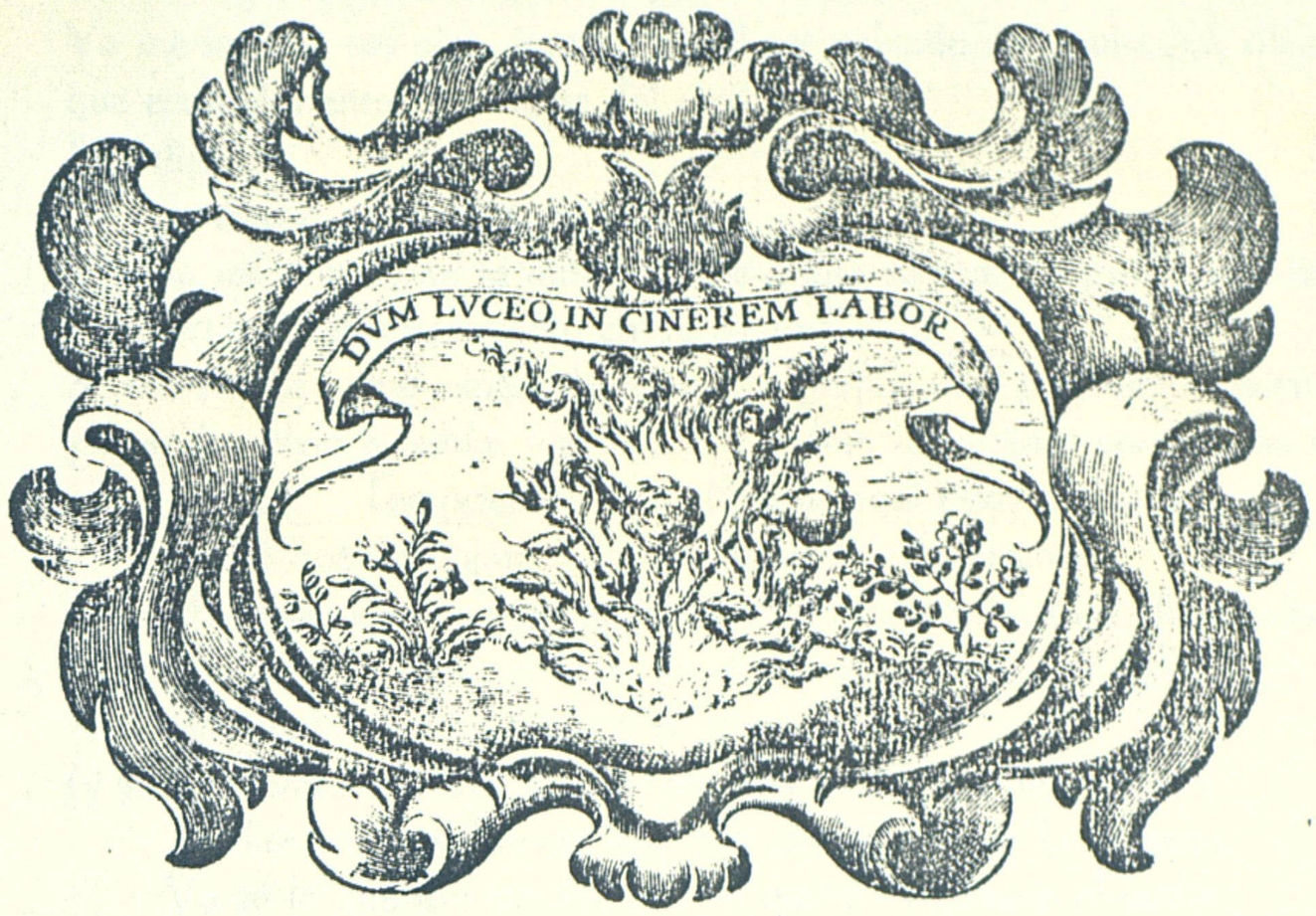
GINÉS LIÉBANA. IBIZA 35

Te he buscado estos días en que mis versos quieren rodearte
como el fuego rodea los leños encedidos.
Te he buscado estos días en todo lo que amabas
cuando aún no eras:
"Ginés Liébana,
Ibiza 35
Madrid".
He vuelto, ya de noche, por el camino donde tres paseábamos
desiguales destinos.
He visto la sonrisa de los dompedros,
y he escuchado, lejano, en los días de lluvia,
el silbar de los trenes desde la capilla honda de Jesús Caído,
cuando la sombra se espesa en los rincones
como un temeroso paño fúnebre.
He libertado,
desde su rincón en las páginas de una Geometría Descriptiva,
el intacto verdor de los castaños,
la corteza casi carnal de los pinos,
las florecillas pequeñas de los brezos,
y he sentido en mi cuerpo el escalofrío que siempre me recorre
al pasar junto el kilómetro 6
cercano a Piedrahita.
Mis labios han besado, como en aquella tarde,
la flauta abandona . . .
la flauta teñida con el zumo cárdeno de las zarzamoras
que olvidara algún fauno sobre la hierba virgen,
y ha llegado hasta mí, el mismo temor impaciente
que cuando descubrimos al mendigo
dormido entre los viejos cajones de madera
que hay en el portal de Pantaleón.
He puesto mi mejilla
en el cristal, empañado de lágrimas,
de las ventanas que dan a la huerta
en la sacristía de San Cayetano,
y el Padre Gerardo,
ha vuelto a descender con su paraguas por la suave colina.
Te he buscado estos días en todo lo que amabas,
en todo lo que amabas cuando Agosto incendiaba tu corazón
con la llama de los rastrojos ardiendo en la campiña,
o cuando Marte se acercaba, pequeño, hasta tus manos
como un pájaro asustado.
Has cruzado de nuevo el jardinillo triste de Jerónimo Páez,

con el amargo desdén que dá a los niños
la gravedad enlutada de unas solapas de terciopelo,
y te be visto otra vez
ante el mármol blanco y caliente de las tabernas,
cuando una mano dejaba caer en el vino
la sortija feliz que lo convertía en mosto de granadas.
Te he buscado estos días
y en todo te he encontrado.
Te busqué con tristeza, creyendo que no eras yá
nada más que una dirección en un cerrado sobre.
Te busqué entre tus cosas
como aquel que recoge todos los pedazo de algún objeto amado
y que fué roto.
Te busqué, casi triste,
en las hojas caídas, en los árboles viejos que recorta el crepúsculo,
y junto a las columnas paganas de Santa Victoria
que el coro de colegialas cristianiza
en la mañana del Jueves Santo.
Te busqué con angustia,
y en todo estabas tú con tu sonrisa
con tu sonrisa de niño que sabe
que no saldrá, como le dicen,
ninguna paloma de el nido de metal y hule
de la cámara fotográfica,
y sin embargo espera y sonríe. . .
Con la sonrisa que una tarde sorprendió Faustino
en aquel patio donde crecen libres las violetas,
donde hay, junto a los jazmines que suben por la cal de las paredes,
y pozo seco, y un banco abandonado,
y una Virgen de piedra
muestra la misma desgana de tu sonrisa.
En aquel patio que acaso hayas olvidado
y que tiene un perfume íntimo y recogido
como tu alma.

P A B L O G A R C Í A - B A E N A

Posio. Nº 4. 1946



AGATHA

Era esta misma luz...
Este mismo laurel triunfaba sobre el frío alabastro del vaso...
En las piernas desnudas de los ángeles se enredaban los velos del otoño.
Yo, desde la ventana, los veía lejanos encendiendo de oro el verdor del jardín
y cantaban, cantaban.
Unos llevaban trenzas negras como los pámpanos de la vid en octubre,
otros eran tan solo sonrisa por el cielo
como agua derramada que volara entre nubes sin caer a la tierra
y algunos adornaban sus vírgenes cinturas
con llamas perfumadas, blancas como gardenias de diamantes o pájaros de nieve.
Ella me dijo entonces buscando mi mirada,
(y era el crepúsculo una seda pálida sobre sus hombros pálidos)
—No sé, pero hay aquí como el silencio de otra persona que escuchara.
Flota como un aliento contenido...
Siento unos besos errantes por mis brazos.
(y era la tarde un collar de narcisos enjoyando su cuello)
Palpitan en mis manos palomas de lejanas tristezas
y un estanque con lirios venenosos ahoga mis palabras.
No estoy tranquila aquí. Pasemos al salón.
Bajo el limpio cristal de los fanales las caracolas enfriaban su nácar
y un azul suntuoso y triste pesaba en las cortinas.
Ardían ya las velas sobre la plata sombría del candelabro
y un perfume de cisnes y de luna, turbaba deshojado en las bandejas.
Ella eligió, como siempre, aquel canapé rojo
que oprimía su cuerpo con turbios terciopelos de deseos no dichos

y su espalda desnuda, azul bajo el reflejo de lámparas azules,
era un mármol cercado de ensangrentadas dalias.
Yo me senté a sus piés, junto a aquel pié calzado con sandalias doradas
que asomaba entre el pliegue del vestido.
Ella dijo:

—Acaso no sepas que mi amor...

y había un gemido en la amatista que ungía su mano de una vaga liturgia
y un nido de lágrimas oculto en su sonrisa.
Se oía su voz como esparcida en nubes perfumadas por áureos incensarios
y cuando volvió a hablar una suave tormenta de violines encrespaba su alma:

—Oh!... Tampoco es aquí. Ni aún aquí estoy tranquila.
Siento que deshojan sobre mí corolas desfallecientes.
Me rodean esfumados perfiles que desenlazan sus cabelleras vesperales.
Me llega un viento lejano, un viento de maizales en agosto
que despliega frías túnicas en torno mío,

(y yo le sonreía mientras mis manos acariciaban su fino tobillo).

—Mira, mira ese rostro que nos contempla por la ventana.
Ya sé lo que me inquieta. Es el otoño. Vayamos al jardín.

La tarde derrumbaba los morados vitrales del Adviento.
Humeaba la niebla en el éxtasis puro de las estatuas
y la verdina invadía el fúnebre mármol de las urnas.
Cuando bajamos unidos la escalinata, se mecía su muslo junto a mi pierna
y sagrados leopardos, enturbiaban de fuego y de piedras preciosas el agua del ocaso.
Junto a un fuste caído nos detuvimos.
Ella tenía en sus labios el sabor corrompido de las hojas caídas
y subía por sus venas ardientes, como savia,
la humedad del jardín, los muros derribados coronados de yedra
y el selvático canto del árbol elevando en la tarde sumisa su arpa sollozante.

CANTICO
Nº1. OCTUBRE 1947

PABLO GARCÍA BAENA

R O N D A

A Pedro Pérez-Clotet

BLANCA en la dicha de tu cal insomne,
Ronda del aire, de la luz y el lirio,
umbría en la nostalgia de tus huertos,
a ti mi canto.

Serenidad de piedra ante el abismo,
mármol en vilo de sollozo y luna,
columna de equilibrio en la ruina,
ala entreabierta.

Jinete del suicidio despeñándose
que contiene una mano absorta en brisa.
Palma extasiada que en el azul meces
tu oscura rosa.

Surtidor que detiene su obelisco.
Ángel en vuelo inmóvil permanente,
vigía de la sima donde líquida
tiembla la estrella.

Silencio, que hay guitarras junto al río
en corazón sonoro de la noche
y el jazmín tiende sus besos de fiebre
si canta Ronda.

Por las calles en cuesta, por los arcos,
por la libre baranda el heliotropo
de la voz va enredando su caliente
melancolía.

Pasan bajo la adelfa y miradores
el gallardo andaluz y su caballo,
enamorado el labio y en los ojos
nocturna llama.

Surge la bailarina y sus tacones
rojos rompen el vidrio de las copas
y lenta sorbe el ascua del deseo
su impura sangre.

Va y viene la tristeza con sus sábanas
y en el sombrío cuello de la noche
clava la voz el áureo rehilete
de la agonía.

El agua se desploma ¿o es el llanto?
y un vuelo de palomas desde el Tajo
sostiene en gallardía de espinelas
piedra y suspiro.

Pablo García Baena

CARACOLA
Nº 24. OCTUBRE 1954

Himno a los santos niños

ACISCLO Y VICTORIA

PORQUE ahora mi alma anda vana y descalza
por torpes arrabales...
Porque ahora mi alma se goza por las selvas
donde es frescura el mármol...
Porque ahora mi alma se me deshace en polvo
de lejanos caminos,
quiero cantar sin tregua a vosotros los puros,
a vosotros los santos,
hasta que mi voz sea como flor de granado
enrojecida por la sangre de mi garganta,
a vosotros los justos, a vosotros, oh niños.

Piérdeme entre tus pétalos inmenso crisantemo nocturno.
Estréchame en tus brazos helados como sombras,
fría noche de Noviembre
y que de tu regazo gotee la caricia suave de la lluvia,
de la lluvia que oculte a mis ojos
el cuerpo de Victoria en el anfiteatro,
allí donde los mármoles son blancos como un deseo insatisfecho.
Aparta de mí, oh noche,
la sangre que resbala hasta teñir el río de su cárdeno grito,
la sangre que derrama la cabeza cortada por un sueño de espanto
de Aciselo, puro y limpio,
como un angel ahogado en el fondo de un pozo.
Aparta de mí noche más piadosa que el alba,
los destrozados cuerpos de estos niños,
de estos niños, que apenas unos días,
jugaban en las fuentes cercanas a su casa,
o escribían sus nombres
en la cal palpitante de las blancas paredes,
cuando en la siesta cálida
la calle se adormece en el aire parado.

Córdoba estaba roja de pecados ardientes...
La piedra de los templos, como carne desnuda,
palpitaba de angustia cuando morían los niños...
La noche iba clavando alfileres de luto
en los aleros húmedos de las casas patricias
y los inquietos pájaros, en un rumor de plumas,
se perdieron en nieblas sin volver la cabeza.
En jardines ocultos,
por entre las columnas que la yedra entristece,
siete mujeres,
sin ver que los jacintos pálidos se doblaban,
siete tímidas sombras,
lloraban silenciosas bajo secretos velos.
No se escucharon gritos y cuando desde el cielo
descendía un eterno abrazo perdurable,
Córdoba se dormía en sus pecados gratos.

PABLO GARCÍA BAENA

CÁNTICO
Nº 2. DICIEMBRE 1947

PABLO GARCIA BAENA

POEMA

He paseado en esta noche.
Bajo la abrumadora dalmática que esparcía sus perlas en la lluvia,
Cuando mi alma era una oración de nieve en un lago de sangre,
He paseado, humo, entre los hombres.
Y he visto igual a yedra que escalara los muros de algún jardín cerrado,
Dejando adivinar por su verdor la secreta delicia de las fuentes
Y el sueño deslumbrante de la tarde lleno de leves malvas y azules nomeolvides
Que gotean, en guirnaldas de trinos, del pico de los pájaros;
Un jardín con caballos de mármol y verdina,
Que se encabritan al sentir la brida tibia de la primavera,
Aplastando el corazón morado de los heliotropos.
He visto, como yedra vistiendo de esplendor la muerte y las ruinas,
Un festín preparado en la mirada turbia de la gente,
Un banquete interminable
Donde orgullo y codicia son viandas que arden sobre el oro yerto de las vajillas
Y el escanciado vino de la lujuria mancha la púrpura pesada de los manteles
Mientras la culpa ciñe de acónitos marchitos las cabezas cansadas.
He visto los ojos que miran desnudando ansiosamente,
La ceguera del que aguarda entre sombras una mano que alza,. tímida, los visillos
Y en la mirada del sacrílego he visto el fuego que consume las hostias mancilladas.
Pasaban las mujeres que se entregan a los mendigos en las escalinatas de los templos,
Los que besan a las niñas dormidas en la calle,
Los que adornan sus sienes con falsas tiaras fulgurantes,
Y los que llevan un solo ojo mate como semilla de venenosa luz, como diamante hundido
Escuché las promesas de los amantes (en la ceniza.
Dulcemente reclinados en los bancos que el otoño corrompe
Y los suspiros de los enamorados flotando como niebla en los senderos húmedos del parque
Y el estertor de las gargantas mordidas en la furia de los abrazos,
Cuando se han olvidado iniciales y flechas y aquel «Te quiero eternamente»
Grabado en la corteza de algún sauce.
Brillaban como tigres de oro en la penumbra los ojos del avaro
Y corrían apasionadamente aquellos que sabiendo que no hay otros mundos
Van preguntando siempre por un camino que los lleve.
Las muchachas eran como ángeles en el infierno,
Como ángeles ardiendo entre las llamas de sus cabellos,
Donde el deseo anida entre las cintas y es igual a un gran lagarto verde
Que clavara sus dientes en la magnolia virgen de los senos,
Y sonreían, audaces, los que ignoran un cáncer en su entraña,
Los que llevan un corazón ensangrentado entre las garras de un águila soberbia
Y aquel, que en una tarde de verano,
Cuando la vid silvestre languidecía abrazada al tronco de los álamos,
Se complació en ver su cuerpo desnudo reflejado en el río,
Igual a una flor blanca sobre la negrura de un catafalco
Y besó sollozando su carne misma.
Dijeron en mi oido la palabra que ilumina la sombra donde yace un hombre asesinado,
Y ví el espanto en el rostro del que teme hasta la mano de un amigo sobre su hombro,
Y mis piés se detuvieron en la acera ante el cuerpo tendido del borracho.
Pasaron los adolescentes, como monjes jóvenes que llevaran frutos podridos en su alma,
Y los que vienen de despedir al que no vuelve,
Y aquellos que preparan la cuerda y el veneno,
Llevando ya en sus ojos escrito el epitafio.
Sabiendo que la Muerte no faltará a la cita...

Y tuve miedo y frío. Me calaba la lluvia.
Me cubrí la cabeza para no ver,
Y todos aquellos que pasaban eran como yo mismo.

CANTICO
Nº 3. FEBRERO 1948

PABLO GARCÍA BAENA

MIERCOLES DE CENIZA

A Fray Gerardo de Jesús María.

Otra vez tu ceniza, Señor sobre mi frente.
Polvo soy que algún día volverá hasta tus plantas.
Polvo en la muerte y polvo ahora que aún vivo
perdido entre la arcilla blanda de tu universo.
Otra vez la ceniza ardiente como ascua que estalla en el
[volcán de tu amor implacable
lucha por derribar, por abatir en Vida
la altiva barbacana que levanta sus muros en la ciudad
[confusa de mi alma.
Otra vez tu ceniza llamando está en la puerta de mi frente
[con arrullo o con látigo.
Ahora que el deseo me asfixiaba en la sombra de su gran
[lirio negro
ahora que en mi tacto se disipaba un mundo como un vaso
[quebrado
un mundo donde abren sus corolas violentas los senos de
[las vírgenes,
un mundo que no cree en los antiguos dioses pero adorna
[su ara con verbena olorosa
y se engaña pensando que el viento entre la hierba es la
]pezuña ágil del sátiro que baila.
Pero has llegado Tú, y aunque es primavera he de cerrar
[los ojos...
No podré recordar ni siquiera estos días
tibios y embriagadores como un vino vertido de turbadoras
[ánforas
y de todo mi cuerpo ahuyentaré aquel vaho que me ahoga,
el humo sofocante de una mirada
que arde con la llama azul de los espinos quemados en la
[sierra,
cuando el pastor descansa su cabeza en el báculo.
Y mis manos, que se placían en el halago dulce de los
[azahares, que se ataban a otras manos,
como se atan en la canastilla de la Purificación la paloma
[o la tórtola
podrán sólo enlazarse a la espina, a la llaga,
acariciar la moneda que se da a los mendigos cuando nadie
[nos mira
crisparse sobre la madera del confesionario
cuando, rodilla en tierra, los labios van alzando las cortinas
[del alma
o subir como llamas implorantes hasta tu cielo,
como lenguas rosadas de aquellos animales
que en el circo lamían la sandalia del mártir.
Subirán a tu cielo, como el perro que teme
y confía y se arrastra delante de su amo
subirán a tu cielo, suplicando que anegues
en tu ceniza viva todo incendio que se levante en mí
y que tu lava arrase mis mármoles paganos,
la púrpura soberbia de mis templos,
los plintos florecidos de mis deseos,
aun cuando en las almenas de las torres
haya arqueros que aprestan contra Ti sus aljabas
y la sangre hierva por mi cuerpo
como un hormiguero aplastado en el camino.

CÁNTICO
Nº 4. ABRIL 1948

ANTIGUO MUCHACHO

PABLO GARCIA BAENA

Entre la noche era la madreselva como de música
y el sueño en nuestros párpados abejas que extraían
de las lluviosas arpas del otoño
un panal de violetas y silencio.
Con un escalofrío se presentía entonces al amor fugitivo
como un trovador bello de lazos y de cintas
que jnuto a un cenador donde una tea alumbra,
bajara por la escala el desmayado cuerpo de la infanta,
al par que entre la fronda el ruiseñor perfuma de armenía
(la noche.
Erraba en las almenas un vago suspirar de abandonados
de cabelleras lánguidas flotando en los estanques (velos,
y un ajimez quedaba solo frente a la luna
adormecida por el laud de los besos.
Revivo la mirada pálida de los espejos
y mi rostro preguntando en su oráculo
y la mano que repasaba, lenta, mis mejillas, mis labios.
Había una ventana donde el mar convertía en espuma sus
(cisnes
y en los aparadores bandejas con membrillos cocidos
y el tarro de las guindas
y las cidras frías por el mármol de las madrugadas
y los dulces de piñonate en su estrella de papel rizado.
El domingo escalaba con su luz amarilla,
con su parra latiendo de áureos cimbalillos
los álamos sombríos del invierno
y las horas veloces agitaban sus pétalos
como rosal que deja su nieve por el aire.
Y la noche llegaba al campo, reclinando su cabeza en los
(montes
y un miedo suave bajaba, con el ladrido de los perros por
(las cañadas
y la última garza de la tarde dormía entre los juncos.
Decidme donde tengo aquel niño con el cuello sujeto de
(bufandas
y la enorme mosca negra de la fiebre aleteando en mis
(sienes
y en torno de mi lecho, Sandokan con la perla roja en su
(turbante
y Aramis perfumado de unción episcopal
y Robinson bajo el verde loro balanceante de los bambues.
Aquel cerrado mirador, entre lutos,
donde paraban todos los años la Oración del Huerto
cuando el Jueves Santo gemía en su larga trompeta morada.
Y la Virgen Dormida en un agosto de bengalas
y los muertos contemplando desde su balaustrada de
(ausencias
las débiles lamparillas de la noche de Todos los Santos.
Llovía en los cristales. Ahora, silenciosos, vuelven tristes
voces que pálidas renacen (perfiles,
como hojas arrastradas a un otoño de olvido.
Y como el nadador, dichosamente cansado,
deja escurrir los dedos del agua por su cuerpo desnudo,
volviendo su mirada hacia la playa,
así a tí me vuelvo,
buscando tu sonrisa en mi sonrisa,
tu mirar en mis ojos
y tu honda voz pura, antiguo muchacho,
fluyendo como un agua fresquísima
del manantial cegado de los días.

CÁNTICO
Nº 6. AGOSTO-SEPTIEMBRE
1948

LAS TRES VIEJAS MUJERES

PABLO GARCIA BAENA

Lloraban quedamente por largas galerías
las tres viejas mujeres.
Levantaban cortinas a otras tardes lejanas
y detrás de los vidrios
el velo de su aliento se bordaba de fechas,
de iniciales, de llanto...
La estancia en el olvido de vasos disipados
derramaba la noche sombría de las violetas
y la cera caliente de los nardos
sus lágrimas cuajaba sobre rasos marchitos.
Cúpulas de suspiros coronaban los muros
como la verde ortiga sobre antiguas ruinas
y el otoño su cuerno de luna hendía, rosa,
por muebles enfundados y espejos desvaídos.
Había un oro naranja en las finas molduras
y besos que jamás llegaron a sus labios
escritos en la tinta perdida de las cartas
y el fuego perfumado de las flores silvestres
deshacía sus cenizas en las bellas novelas
donde las heroinas se llamaban Carlota
y su pelo era rubio como una llama líquida
y el Amor conocían...
Al acostarse, siempre, se miraban los hombros
en la pupila turbia del espejo.
Eran hombros de niebla, de ámbar mortecino,
de nácar que en escamas fuera cayendo pútrido.
Hombros que envejecieron en el abrazo lánguido
de los sedosos chales.
A la luz solitaria de la pobre bujía
volvían a adornarse de entredoses pasados,
de plumas, de lazadas. Hablaban como en tiempos:

Recuerda bien, Eulalia.
Adolfo era entonces capitán de corbeta...
Julia, ese pasacintas. ¡Qué fiesta, Carolina!

Y mientras ellas hablan la polilla roe lenta
en las viejas pamelas los melados racimos
y el marabú suave
y la luna derrama en silencio sus óxidos.
Más una tarde... Era la tarde como un cisne
azul que picoteara su pecho ensangrentado.
Lloraban quedamente por largas galerías
las tres viejas mujeres y a su balcón llegó
un rumor de violines destrenzando sus crenchas
y las tres sonrieron y sus ojos iguales
sonrieron, sus ojos que habían esperado
violines en el alba sepulcral de Noviembre,
en las noches de Junio que se ciñen al cuerpo
como otro cuerpo amante,
en el grito de Abril que escapa como un pájaro...
Salieron a la calle. Con sus cintas al cuello,
sus camafeos de ágata y sus guantes calados,
andando torpemente se perdieron riendo
por la gran avenida del parque donde otoño
guarda en pálidas urnas exangues corazones.

CANTICO
Nº 7. OCTUBRE-NOVIEMBRE 1948



PABLO GARCÍA BAENA

HIMNO DEL CEDRO

Oh que dulce negrura perfumada
bajo tu copa virgen que la noche cobija.
Oh, alcanzar tu sombra,
nube que no has querido abandonar la tierra,
llegar desde lejanos paises, cuando el sol
igual que una garza que se desangrara,
deja caer las gotas ardientes de sus rayos,
llegar hasta tu sombra,
suave negrura perfumada.

Una palabra bajo la gruta secreta de tus ramas,
una palabra sola, dicha en voz baja,
¿o fué solo el rumor de la hierba y la luna?
una palabra solo en la noche lánguida de lilas y suspiros,
me aparta de ti,
cedro, que sueltas tus cabellos perfumados de pájaros
a la caricia de la noche,
que te entregas a la noche como a una amante sombría y
(misteriosa
que te abandona, herido, ante la espada lívida del alba.
Oh, quien llegara de nuevo
a recibir el perfumado beso de tu tronco,
como esa pareja que sube a la montaña solo por verte,
cambiando entre sí caracoles y florecillas,
bajo las frondas que el Amor fugitivo enciende en músicas,
con las cabezas reclinadas y las manos unidas,
subiendo despacio a la montaña,
solo por verte, cedro, suave negrura perfumada.

CANTICO
Nº 8. DICIEMBRE. 1948
ENERO — 1949

CANTO A LA INMACULADA

Para cantar tu gloria,
Salterio que Dios Padre pulsa grave,
Palma de la Victoria,
Cifra de toda clave,
Hija que al cielo das tu olor suave.

Escúchame, Señora,
atiende de mi lira el son disperso.
Acude al que te implora,
Reina del Universo,
dora con tu fulgor mi torpe verso.

¡Quién pudiera cantarte
con la sonora voz del viento huido
y en el cielo adorarte,
Cinamomo florido,
Céfiro entre luceros detenido!

¡Quién tuviera el acento,
de las selvas el arpa de armonía
o el suave lamento
de la corriente fría
sembrando aljófar en la verde umbría!

¡Quién el gemido leve
de la tarde, muriendo cisne ahogado,
o la dulce voz breve
del ruiseñor alado
garganta de la noche por el prado!

Madre donde reclina
el Hijo su cabeza coronada
por la estrella y la espina;
en Belén adorada
y en el Gólgota turbio destrozada.

Esposa de ternura
escogida en el valle florecido
por la Paloma pura.
Allí tienes tu nido,
Huerto cerrado al cierzo enfurecido.

Templo de fortaleza
donde Dios Trino encuentra su tesoro,
Unges con tu realeza,
tú que eres Arpa de oro,
el canto de los ángeles sonoro.

Cierva jamás herida
por el negro venablo del pecado
pues fuísteis concebida
sin que fuera enturbiado
el agua viva de tu limpio estado.

Rocío de la Gracia
que vuelves a la vida el lirio yerto.
Cedro, Ciprés, Acacia,
que el aire descubierto
mece llenando de perfume el huerto.

Báculo qùe conduces
por este valle al pecador doliente
y guías con tus luces
divina, Zarza ardiente,
Clavel de fuego en cielo refulgente.

Antes de ser nacida,
Vaso de mirra en gracia goteante,
ya fuísteis elegida
Faro del caminante
por vuestra humilde santidad constante.

Calzada de la luna
el sol vestidos teje a tu hermosura
y en tus cabellos una
corona que fulgura:
luceros de diamante en noche oscura.

Aclaman vuestro nombre
y el orbe os llama Bienaventurada,
Esperanza del hombre,
Fuente de luz sellada,
Virgen Real, Augusta Inmaculada.

Mira desde tu altura
mi barca entre las sirtes naufragada,
Estrella del Mar pura.
Tú, que eres mi Abogada,
brilla sobre las aguas encrespadas.

Pues tú lo puedes todo
no dejes a mi alma de tu mano.
Apártame del lodo
tu silbo soberano
¡pise tu planta sierpe y mundo vano!



Pablo García Baena
exquisito poeta de la nueva generación, honra estas páginas con su canto a la Reina de Andalucía, en liras de metro tradicional.
Poesía inédita, galardonada en los Juegos Florales de Córdoba en 1947, uno de los felices aciertos del joven creador cordobés, conocido por su acción directiva en las límpidas Hojas de Poesía «Cántico» y por su selección de «Fantasía»

MIRIAM.
Nº 209. ENERO-FEBRERO 1949

Soneto

a la Oración del Huerto

Angel de nieve y rosa, que la oscura
noche del huerto alumbras con jazmines:
¿pañuelo de encajeros serafines
traes en tus manos, de la luz blancura?

Mira que aquel Doncel, que de la Pura
nació en Belén al son de los violines,
perlas de sangre llora en los jardines,
hoy, preparando ya su sepultura.

Almohadas de cielo son las peñas
para los cuerpos que sin luz dormidos
quiebran la fría escarcha de la aurora.

Alma: sean tus ojos como aceñas
y olvidando el licor de los sentidos,
bajo las crenchas de la noche, llora.

Pablo GARCIA BAENA

Al Cristo de Gracia

El Aguila caudal, Sacro Zafíro,
clavel de sol bermejo en el poniente,
rinde a la sombra su fulgor luciente
herido de venablo en raudo tiro.

Ya la cruz yerge funeral papíro:
I. N. R. I., laurel de sangre, tiara ardiente
del túmulo real, lecho doliente,
sagrada pira del postrer suspiro.

Lívido, el heliotropo de la noche,
en desmayo de lágrimas heladas,
armaduras y líctores platea.

La luna en el sudario prende un broche
y un rumor de sollozos y pisadas
incendia el monte en gigantesca tea.

Pablo GARCIA BAENA

A María Santísima de los Dolores

Si la palma se abate, si la almena
rueda y la luna cuaja sus rubíes
y la sangre, rocíos carmesíes,
llora sobre la nieve y la azucena.

Si la muerte deshace su condena
en púrpura de rayos y neblíes
y hay un sepulcro entre los alhelíes
del huerto, allí estás sola con tu pena.

Pero Córdoba sabe de tu llanto
y un cedro oscuro de oración perfuma
tu bajel caminante y sus entalles:

Y a la cárdena luz del Viernes Santo
como lírio que lleva y trae la espuma
tu corazón vá y viene por las calles.

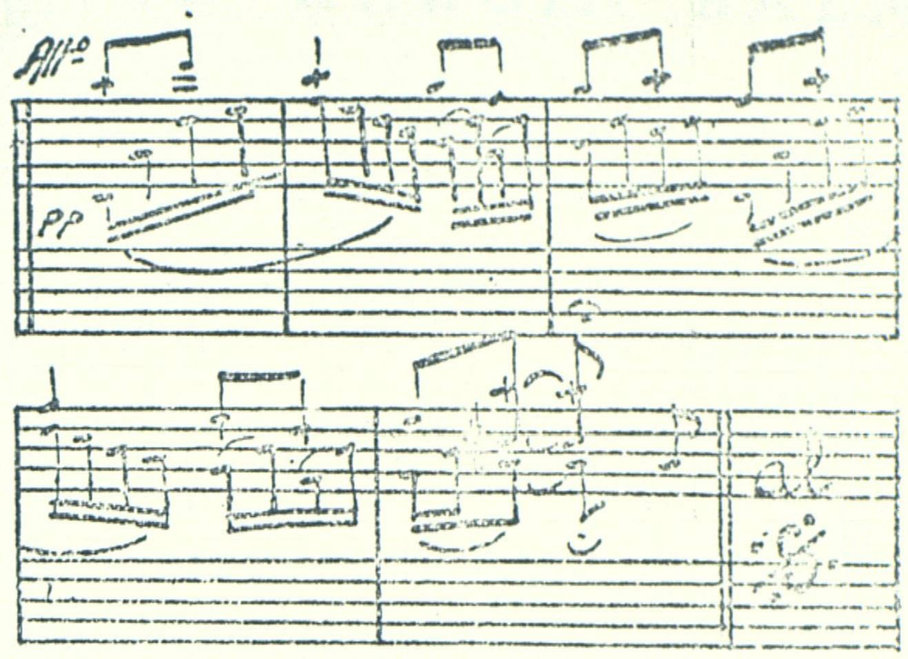
Pablo GARCIA BAENA

SEMANA SANTA · CORDOBA. Nº 5. ABRIL 1949

RAMON MEDINA

SE PEINABA LA NIÑA...





Se peinaba la niña,
se peinaba en el agua...

La tarde como cola
de algún ave fantástica,
derramaba rubíes
y quemaba esmeraldas.

Se peinaba la niña,
a la vera del agua...

Su mano era de nieve,
su peine era de nácar,
y su pelo una espuma
hecha de luna y dalias.

Se peinaba la niña,
desnuda junto al agua...

Le dije: Ven conmigo.
Tendrás peines de plata
y un surtidor de mármol
para llenar de lágrimas.

Se peina la niña,
al espejo del agua...

No contestó la niña;
siguió fría y callada,
acariciando el sueño
de sus trenzas doradas.

Se peinaba la niña
se peinaba en el agua...

PABLO GARCIA BAENA

AGLAE Nº 2
ESTIO OTOÑO 1949

PABLO GARCIA BAENA

CASIDA

Las palmeras... Me parece que a su sombra
no se puede ser desgraciado.

T. GAUTIER

Ay, no se puede ser desgraciado bajo las palmeras,
bajo el toldo granate que adelanta la noche en el patio,
con las manos humedecidas en el agua perfumada de azahar
que refleja el cobre sangriento de las ánforas.

Bajo las palmas grávidas de dátiles
que se elevan en busca del beso febril de la noche de Junio,
cuando Junio tiene un placer para cada momento
y solo el respirar es voluptuosidad.
Ay, cuéntame del Sur,
de ésa tierra que sonríe con el carmín violento del granado en sus labios,
blancos por el contraste con la piel oscura, dorada por el sol.
Cuéntame, desde Córdoba dormida entre el mármol y el agua
y Jerez, como un lirio de cal nacido entre las viñas
y Málaga, caña de azúcar verde bajo un palio sofocante de estío,
hasta el cegador diamante calcinado del desierto
donde languidecen los camellos llevando bajo la seda roja de las gualdrapas
los frutos frescos de los oasis en sombra.
Dime el amanecer en el naranjal de troncos encalados,
cuando el sol aún no esparce la colmena furiosa de sus rayos
sobre las hojas húmedas de la calabaza.
Dime la penumbra de las bodegas,
el misterio de los claustros entre el verdor de los maceteros y las columnas,
el balcón abierto a la noche áspera de jaras,
junto al adolescente desvelado que sueña entre las sábanas
el abrazo de las mujeres que tienen en su cuerpo el desmayo inquieto de las
y en su cálida boca el frescor jugoso de las sandías. [corzas

Hay una hora de la madrugada en que se extinguen las lámparas olorosas
y el cansancio mustia la enredadera enervante de los abrazos [de bálsamos
y solo sabemos que vivimos porque llega lejano un halago de albahaca,
un susurro de palomas aleteantes escapadas de huertos incendiados por Junio.
A esa hora, ven a la campiña.
La barca nos espera
y el alba es aún una amapola que sangra en el cuchillo de los gallos.
Vá la barca en silencio.
Las manos en el agua cogen el ascua helada de la estrella.
Abandonados se hunden los remos en el pálido malva del río.
¡Melonar bajo luna!
Lejanas, las guitarras ponen sed en los labios,
y las mujeres llevan biznagas en la llama negra del pelo,
y al abrir el melón su carne rosa y fresca
los labios beben ávidos la miel de ese beso,

que luego ha de gustarse sobre otra boca
entre el aroma de juncias pisadas que ahogan con el brocado espeso de su olor.

Háblame de la siesta...
Suena el agua en la fuente...
Las ventanas se velan de intimidad.
La calle arde al sol,
En el campo, las víboras se muerden retorcidas de calor y de celo,
el alacrán se clava su aguijón
y en el patio, avispas de oro negro zumban junto al racimo verde del em-
y desde la ensombrada galería, [parrado
en el turbio coágulo del espejo, se refleja el fruto exhausto del limón y los
Los sentidos buscan la fiesta de lo frío: [cidros.
cristal, collares, cálices, para las manos tibias,
el surtidor deslíe la plata de los peces en el reseco oído,
para el olfato abre la magnolia la nieve de sus pétalos
y en los ojos el mármol de las estatuas vivas
ofrece su desnudo fresco como un venero
al quebrarse en la boca un chorro de agua helada que resbala en gotillas por
Un aire de abanicos y geranios acaricia la piel [el rostro.
y el alma se esconde pequeña como una araña en el rincón oscuro
ante el despertar de los deseos, bellos como faisanes de pedrería,
que pasean su cola de amatista y de ópalo
por el bosque caliente de la sangre.

Dime ahora la noche...

La noche es toda azul. Como la hoja inmensa de un plátano azulado
junto a un lago de aguas azules.
La noche tiende cortinas que sujeta en palomas.
Arden túnicas de oro en la campiña.
La llama de los rastrojos se respira en el aire
y el pueblo es una salamandra que tuesta sus escamas en el fuego.
Sonríen en las puertas las mujeres con los ojos pintados
y el árbol del paraíso balancea en sus flores serpientes de perfume.
En azoteas blancas por la cal y la luna se bañan las muchachas.
Las serenatas ciñen de música las sienes

y mordiendo alhelíes, pasan las cortesanas en sus verdes literas.
De pronto todo calla...
¡Música en los jardines!
La guzla tiene a veces un idilio de agua goteante entre rosales
y otras es un caballo blanco con las crines blancas
que galopara sin jinete por una calle de mármoles negros
en penumbra de arcos.
Suenan los crótalos y la tierra recién regada de los arriates
hace florecer jazmines de fiebre en la cintura de las bailarinas.
La noche escapa con el gemido último de las cítaras.
Y cuando el curvo alfange de la luna palidece de cisnes
y el placer es un pozo bajo sombra de áloes,
el alba llega a las tierras del Sur
como una esclava huída de su dueño que se desangrara entre las pitas y las
[chumberas.

Lema: THARSIS

MEMORIA de los JUEGOS FLORALES
de MAYO. 1949.

ODA A GREGORIO PRIETO

Una mano entre rosas... ¿Recordáis? Tintas
[pálidas
de un violeta abatido. Venía en "Blanco y
[Negro".
El fondo era un quiosco lleno de enredaderas
y un jarrón de escayola opulento en la brisa
sobre la escalinata de un jardín pensativo.
Yo era entonces un niño, casi un adolescente.
Recuerdo los problemas: "Si un vendedor de
[vinos
vendiera las arrobas a...". Veo las viejas clases
y aquel patio de mármol donde en francés gi-
[tano
Don Luis nos hacía rezar el Padrenuestro.

Era el tiempo en que todos recortaban estam-
[pas.
Algunos boxeadores. Otros, sólo volcanes.
Unos Marléne Dietrich era su favorita,
que sonreía ambigua fumando entre sus plumas
en un café con nieblas de estación o de puerto.

Recortábamos nubes con la tijera azul
de nuestros ojos limpios, y en la clase de Física,
cuando bajo el fanal el pájaro expiraba,
con el mayor sigilo, a través de las bancas
me llegó la postal de una mujer desnuda.

Yo era entonces un niño, casi un adolescente,
pero ya adivinaba, Gregorio, qué tristeza
derrumbaba la frente en aquellos muchachos
de tus dibujos, donde la yedra se enredaba
entre sus manos como sortijas de deseos.

Había corolas mustias que esperaban tu soplo
y niñas corroídas de un vitriolo lento,
tronchadas sobre el yeso amargo de los par-
[ques,
y cuerpos que vibraban al paso de otros cuer-
[pos,
como los bosques vibran al paso de las corzas.

Y tú ibas anudando las largas crines blancas
de los caballos turbios en brumas de los mares,
que se erguían sobre olas de amaranto y ve-
[neno,
con despojos de amor bajo sus cuatro cascos:
una carta, unos rizos, una entrada de cine.

Te veo bajo la lluvia agitando tus alas,
vendando el rojo párpado de las áureas palo-
[mas,
estatua, grito, dios de mármoles y línea,
apoyado en los cisnes de aquella escalinata
donde un beso olvidado gime entre los rosales.

Te adivino en el ronco funeral de las trompas
que acompañan al otoño con sus sedas ajadas.
En el ángel que enjoya de ruïnas y perlas
el ojo gigantesco del ocaso embriagado
por labios que pronuncian el nombre del
[amante.

Un guante abandonado en un sendero triste,
un nido, pensamientos morados como el cáncer,
dedos ensangrentados de escribir en la má-
[quina,
azucenas, sonrisas, lágrimas como escamas
tañen entre los sistros de tu mano su historia.

Gregorio Prieto. Piras de incienso te procla-
[man.
Por largas avenidas de tilos y lamentos
pasean los muchachos, y bajo puentes húmedos
la cabellera errante del agua entre los tréboles
va susurrando, quedo, tu nombre en la caricia.

GREGORIO
PRIETO.

POESIA EN LINEA

COL. ADONAIS nº 53 - 1949

PABLO GARCIA BAENA

AMANTES

A Pepe de Miguel

EL que todo lo ama con las manos
despierta la caricia de las cítaras,
siente el silencio y su pesada carne
fluyendo como ungüento entre los dedos,
lame la lenta lengua de sus manos
el hueso de la tarde y sus sortijas
se enredan en el ave adormecida
del viento. Labra en mármoles de humo
el cuerpo palpitante del abrazo
extenuado tal cervato agónico
y con el pico frío de sus uñas
monda la oliva efímera del beso.
El que se ama sólo, el que se sueña
bajo el deseo blanco de las sábanas
el que llora por sí, el que se pierde
tras espejos de lluvia y el que busca
su boca cuando bebe el don del vino,
el que sorbe en la axila de la rosa
la pereza oferente de sus hombros,
el que encuentra los muslos del aljibe
entre sus muslos, como un sáurio verde
sobre el mármol desnudo e inviolado,
ese que pisa, sombra, desdeñoso
el pavimento de las madrugadas,
El que ama un instante, peregrino
voluble, de la flauta hasta los labios
de la trenza al citiso, de los cisnes
a la garganta, de la perla al párpado
de la cintura al ágata, del paje
a la calandria y trás él, silente,
vá talando el olvido mieses altas,
tirsos aureos de espigas, leves brotes,
todo un bosque confuso de recuerdos,
y él va cantando, ruiseñor nocturno,
capricho y galanía, bajo luna.
Y el que besa llorando y el que sólo
sabe ofrecer y aquel que cubre el pecho
para no amar de oscuro arnés, sonrisa
y un gerifalte lleva silencioso
devorando su corazón de gules.
Todos, la noche maga con su rezo
los enloquece, clava en sus pupilas
el helor de su vaga nieve negra,
les da a beber rencor entre sus manos,
los hurta en el arzón de sus corceles,
los trae y los lleva como mar en cólera
coronadas las olas de sollozos,
de cabelleras náufragas, de sangre
y los devuelve dulces, poseídos,
hasta la playa bruna y solitaria.

PLATERO
2ª EPOCA
Nº 10. OCTUBRE 1951

PABLO GARCIA BAENA

CUANDO LOS MENSAJEROS

Cuando los mensajeros golpeen los postigos
y su voz, a través de las viejas maderas,
penetre como un viento de música y de plata,
oh corazón, no temas, no tiembles, amor mío.

Un soplo de destino apagará la llama entre los labios
y en las barcas de estío, los floridos remeros callarán para siempre.

La mano entre las cuerdas de bellos instrumentos
quedará y la canción, pájaro inacabado,
buscará nido en las brillantes gemas solitarias
de los desnudos cuerpos, pulidos al aliento del mar y de los astros,
quietos y deslumbrantes como árboles de mármol,
donde una fruta dulce y venenosa se pudre lentamente.

Yacerán, sepultados en bancales de olvido,
la balanza sutil del orfebre y la brújula
que guía por el sueño la flota misteriosa
y el atril y los báculos, la tralla y los arneses,
silenciosos testigos de unas sombras extintas.
Y el rubí, como un diente de sangre clavado en blanco seno
y el vaso que derrama el hechizo del vino
y el azul brazalete, como pámpano áureo enroscado a la carne,
el punzón y los búcaros.
Lo que algún día tuvo el fuego de un instante,
eternidad proclama.
Oh corazón, oh amor, amor mío que tiemblas,
solitario, al rumor del bosque que respira,
no temas.
Las puertas con su triple candado están cerradas
y aun hay vida en mis manos. Duerme dulce
hasta que un alba púrpura selle de polvo el labio
y nos lleve, flotando, a los altos sitiales.

ALJIBE
Nº 2. DICIEMBRE 1951

HIMNO DEL CEDRO

¡Oh qué dulce negrura perfumada
bajo tu copa virgen que la noche cobija!
¡Oh, alcanzar tu sombra,
nube que no has querido abandonar la tierra,
llegar desde lejanos países
cuando el sol, igual que una garza que se desangrara,
deja caer las gotas ardientes de sus rayos,
llegar hasta tu sombra,
suave negrura perfumada!

Una palabra bajo la gruta secreta de tus ramas,
una palabra sola dicha en voz baja,
¿o fué sólo el rumor de la hierba y la luna?
Una palabra sólo en la noche lánguida de lilas y suspiros
me aparta de ti,
cedro que sueltas tus cabellos perfumados de pájaros
a la caricia de la noche,
que te entregas a la noche como a una amante sombría
y misteriosa
que te abandona, herido, ante la espada lívida del alba.
¡Oh!, quién llegará de nuevo
a recibir el beso de tu tronco,
como esa pareja que sube a la montaña sólo por verte,
cambiando entre sí caracoles y florecillas
bajo las frondas que el amor fugitivo enciende en músicas,
con las cabezas reclinadas y las manos unidas
subiendo despacio a la montaña
sólo por verte, cedro, suave negrura perfumada.

PABLO GARCIA BAENA

POESIA ESPAÑOLA
Nº 2. FEBRERO 1952

PABLO GARCÍA BAENA

SANTA MARÍA DE TRASSIERRA

A Rafael Alvarez Ortega, en el prodigio virginal de su Trassierra.

Octubre levantaba como un rezo su planto...
Colgaba de campanas las astes de los ciervos,
encendía la pupila rojiza de las liebres
y lento, como un ciego errante, sollozaba
por los avellanares sorprendidos de bruma.
El viejo leñador abatía la tarde,
las ramas enredadas en un agua de oro
y el hacha resonaba en los troncos del viento,
en los miedos del viento huecos como colmena
que dora el rubio enjambre. Herrerillo y zorzal
la cabeza escondida esperaban la noche
y la lluvia enjoyaba con su perla selvática
en el bardal ruinoso los helechos reales.
Palidecía la luz...Y el corazón del campo
agrandaba su ritmo gigante y funeral
como vientre de bestia que se tiende a morir,
con el jadeo sordo del reloj que se para
en la hora de Dios y lejano, perdido,
el pífano de Octubre acompañaba el pálpito
velando de violetas las clavijas de plata
y la luna surgía temerosa y silente
temiendo derramar su copa de tristeza.

Pero ella salía descalza con el alba...
Aun no sabia que amar...Iba descalza el alma

indecisa, buscando y los perros guardianes
levantaban su rastro con humo de ladridos
y un estruendo remoto de trompas desusadas
la guiaba por viejos lagares de abandono
cuyos nombres perfuma la aulaga y el lentisco:
Rosal de Tres Palacios, Alto-Paso, El Soldado.
Por el monte, la fuente del Arco y el arroyo
del Bejarano iba feliz inaugurando
el agua, las adelfas, el paraiso...Limpia
se alzaba la mañana del mundo como dalia
de fuego que su mano lustral purificara
y el bardo del otoño se alejaba quejándose
y un tiempo de inocencia pascual resplandecía.
Pasaba y la caléndula encontraba sus ópalos,
la monjil capuchina su sueño de abadías,
la paloma los hombros del pastor y los pozos
la sed del culantrillo y el rigor de los cántaros.
Pasaba y tras la fresca ausencia de su huella
se hinchaba la castaña en el punzante erizo,
se endulzaba la ira vehemente de la víbora
y las cabras de oro mordisqueaban las bayas
de sangre al sol antiguo del claro caramillo.
Aun no sabía que amar, aun no sabía el alma
y era amor lo que ella despertaba a su paso
y cuando estaba lejos aún seguía su música
por los pinares graves y por los caseríos
y era amor lo que hacía encender una lágrima,
cuando ya aquellos montes jamás los pisaría,
sobre la paz de Santa María de Trassierra.

AGLAE
Nº 9. INVIERNO 1952

Rondel para un joven violinista

Mi canto, para aquel que no sabe
mi nombre. Para aquel que no sabe,
mi sonrisa. Y mi amor para mí
creciendo ante la luna, alzándose a la luna
inmóvil bajo el ropaje rígido,
bajo el plegado áureo de su luz
y la fugaz diadema de la fiebre
ardiendo con su gema misteriosa...
Para aquel que no sabe, mi canto y mi sonrisa.
Para tí, con tus labios de tierra,
que en góndola embriagada pasas
suave y silencioso
acariciando oscuros cabellos de violines,
el mar tiránico y la inhumana dádiva de la música
por quien desfalleces y para quien eres solo
un torpe vaso donde ella vierte avara
unas gotas falaces de su vino,
mientras, alta, en la alta graderia,
ella ríe sagrada y desleal.
Tu beso vivo
para la carne de la humilde madera
que la armonía esparce solo con ser tu espejo
y los puros sonidos,
cuando pulsas sombrío el corazón nocturno
en las cámaras frías donde arde el tenebrario de la madrugada,
acuden a tu mano como trémulas aves
sumisas, en espera de la simiente pródiga.
Sueñas con escenarios, pesados terciopelos de telones
que un éxtasis de aplausos detuviera.
Gala de las arañas encendidas
y los hombros desnudos por los palcos,
perlas enfermas en gargantas niveas
y un zumbel de doradas abejas coronándote.
Haydn de nuevo... Y la hortensia morada
de tus párpados agrandándose lívida,
ignorando que hay un pájaro libre en tu ventana
picoteando en el cristal sonoro
y la inicial de una muchacha escrita en la manzana que te comes
y un canto para tí que no sabes mi nombre,
para tí que no sabes, mi sonrisa.

Pablo GARCIA BAENA

ALJABA
Nos 10-11.
JULIO-OCTUBRE 1953

CINCO DECIMAS A SANTA MARIA DE LA FUENSANTA

A Pedro y Loli, en su estrella.

1

Fuente Santa de la Gracia
que naces de la alborada,
por Tí la luna callada
prende trinos en la acacia.
Agua que a la rosa lacia
vuelve fragante y gentil,
concha de nieve y marfil
que derrama aljófar frío.
Angel del escalofrío:
¡tañe vihuela sutil!

2

Doncella, flor campesina
de los místicos jardines
que dás luz a los jazmines
y fortaleza a la encina.
Tu dulzura matutina
el higo cuaja en corales.
Dás el fruto a los maizales
y el oro de los membrillos,
para Tí pulsan los grillos
su violín de madrigales.

3

Hasta tus piés de pastora
vuelan alegres jilgueros.
Hieren amantes luceros
los nácares de la aurora.
La higuera espera la hora
de los canarios lunados
cuando del cielos bajados
arcángeles y rabeles
suenen, junto a los laureles
del huerto, cantos alados.

4

Eres el cedro que mece
un nido en su copa bella,
eres la fragante estrella
donde un lirio tierno crece.
Como lira que estremece
tu voz arrulla y dominas
el revuelo de las finas
alas del aire encantado.
Por los álamos del prado
yerran músicas divinas.

5

Columna que une y anuda
al ángel y al hortelano,
lluvia que al seco verano
refresca en su piel desnuda.
Si el nardo por Tí se muda
y enlútase su color
¿qué trinos el ruiseñor
silbará en el manso rio?
Callar, por templar su frío
con el fuego de tu amor.



Pablo GARCIA BAENA

ALFOZ

Nº 9. OCTUBRE 1953

SONETO A ROCIO

A Rocio Moragas

LA púrpura, el clavel, el vino ardiente...
No. La noche, el estío con su llama.
La adelfa que el arroyo en sangre inflama...
Tampoco. Ni el rubí del sol poniente.

Tal vez la nieve, la magnolia, el frío
pétalo de la aurora y de la acacia...
¿Dónde encontrar la imagen de tu gracia
si la perla por ti se hace rocío?

Un rumor de guitarra y calentura
quiebra en sollozo el lirio de tu talle:
No podréis imitarla, surtidores,

cuando, grácil de mármol, su escultura
ofrece al viento turbio de su valle,
como llama de luna entre las flores.

Pablo García Baena

CARACOLA
Nº 13. NOVIEMBRE 1953.

PABLO GARCIA BAENA

NARCISO

No, no quiero volver...
Sé que está entre los mimbres secreto y aguardándome.
Sé que me espera. Piso estos verdes helechos
que llevan a su sombra. Pero no he de ir.
¿No he de ir? Aún el estío
como un áureo zagal se embriaga en las siestas
y todo para él, esa rosa de fiebre y el venero escondido
y el queso blando y puro
y el aire áspero como la lengua del mastín sediento,
es deseo en su carne.
Pero no he de dar un paso más.
Desde aquí te adivino. Estoy tan cerca de tí
que si mi corazón pronuncia tu nombre
me responderás en la brisa
como la selva responde estremecida
al largo lamento del caracol en labios de los cazadores,
al penacho de luto que deja entre los árboles
la sombría guirnalda de las trompas.
Desde aquí te deseo...
Este lugar recuerda tu reino y tu silencio:
ese musgo suave y esas vanas ruínas
por donde las palomas se aman entre yedras
y los granados abriendo el cráter de sus frutas
y las cimas lejanas como cuerpos de animales perezosos
que durmieran eternamente bajo el azul del cielo.
Así es tu dominio.
Pero tu estás ajeno a tu propia hermosura,
frío junto a la lava rubí de las granadas,
callado al largo abrazo musical de la yedra,
al gemido amoroso de las garzas
que dejan en tu arena, como huella de un beso,
la señal atrevida de sus patas
y asustadas, de pronto, vuelan alzando al sol
el racimo turquesa de sus plumas.
Viene el atardecer...
Aguardaré la noche para llegarme a tí,
cuando no pueda verte, cuando no puedas verme,
antes de que la luna te despierte en tu sueño
con el rumor flotante de sus arpas crueles,
en ese sólo momento en que el campo dormita,
hasta que la noche agite su tirso de luciérnagas
y ya de nuevo vuelva al bosque la vida
y los insectos, como un velo bordado de joyeles vibrátiles,

tiemblen en las adelfas y el jabalí salvaje
abra su ojo de cobre y al hechizo nocturno
quede un instante absorto y las flores,
pájaros de perfume en jaulas de verdor,
den al viento sus pétalos y el ruiseñor
bajo la luz astral enrede el heliotropo de lluvia de sus trinos.
Ya se acerca la noche. Duerme, criatura amada.
Abandona al sosiego tu cuerpo, donde el labio
de mi pasión, morado, tu carnal estatuaria
transtornaría con un placer intenso y misterioso.
Mira las palmas de mis manos moldeando mis flancos
que por ti palpitan como lebreles negros acollarados
que la brisa sostiene,
haciéndome gritar de angustia por tu cuerpo que escapa a mi cuerpo
por esa imposible posesión que me enerva sobre el césped
como el pámpano verde retorciendo su alambre vivo en las hogueras.
Duerme, amante cuerpo,
bajo las dalias calientes de quien te invoca,
mientras las cañas huecas de mi flauta
derraman la rubia miel de sus quejas
en el odre sombrío que la tarde abandona en los barrancos.

Así estabas, dormido. Los sagrados ropajes desceñía Primavera
y con sed, a la orilla de tu cuerpo tendí el mío desnudo.
Dormías al monótono arrullo de los cielos
y como un mármol perfecto nada estremecía
tu letargo perfecto embriagado de dulce aburrimiento.
Las nubes solitarias como navíos anclados en los árboles,
con los mástiles revestidos de pájaros errantes
pasaban lentamente
y otras veces, el basalto crujiente de las tormentas
despeñaba sus moles y el rayo convertía en blandón suntuoso
el pino y sus aromas...
Tu dormías en la tierra. Dormías y esperabas.
Me acerqué a tu mirada y mis piernas elásticas
encontraron el loto esbelto de tus piernas.
La mañana era entonces unos labios abiertos,
unas caderas ágiles, un cestillo de fresas,
una corona húmeda del rocío de la dicha.
Me arodillé a tus pies. Ya tenías el ara
de los dioses y el héroe
y tus tobillos, donde las campanillas silvestres se enredaban,
podían saltar gráciles sobre la urna armoniosa de mi vencimiento.
Allí estaba tu boca... Yo imaginaba frutas, vinos ardientes
y tu cintura joven ceñía un verano mortal
que agostara la florecilla abierta en la grieta del muro
y los bosques del éxtasis,
que secara los ríos morenos y el manantial perdido

y las bestias se consumieran en la llama de sus rugidos
y ni un viento azul refrescara la reseca corteza de la tierra.
Todo mi ser era una ofrenda anhelante.
Te imploré como antes a las silentes sombras,
a las altas deidades silenciosas
ofrecía los mirtos y el vellón.
Como ellas, callabas y la rueca implacable de los días
domaba los oscuros olivos de mi llanto
y mi voz como altar de sacros caramillos,
esperaba la yerta palabra de los dioses
fría como ceniza al corazón del hombre.
Más tú no eres un dios.
Tal el príncipe que el otoño desnuda entre las vides,
tu cuerpo despojado de púrpuras divinas
emergía brillante como lirio fulmíneo
dúctil a la caricia tenaz de mi presencia.
Eso eres tan solo: un cuerpo que el deseo,
sacerdotal, entrega al tálamo florido de otro cuerpo.

El alba... Ya te veo... La noche en el jardín
del viento aún levanta su veneno lunar
y ríe lejana porque sabe que el hombre anhela su retorno
sediento de su narcótico misterioso.
Ríe, víctima triunfal, segura de su pesada monarquía,
esperando que los mortales invoquen
su beleño irreal y la confidencia de sus tiorbas por las sienes.
De nuevo a tu lado.
Tu carne... Esa es mi plegaria.
Nacido de mí mismo, tu amor, como puñal en el estuche
acecha para libertar mi soledad
porque el amor tan sólo puede ser poseído por la muerte
y es inútil que los cuerpos se enlazen en un latido turbio
y las bocas levanten sus voraces hogueras
y las piernas sus ríos de vértigos estériles
y cuelguen las cabezas, como degolladas, sobre las bandejas de légamo
|de los cabellos,
si la muerte no clava en la médula su cuchillo de espasmo.
Para siempre a tu lado.
Prepara ya tus brazos.
La aurora, en luminosas yuntas ígneas
abre los surcos pálidos del cielo,
y el sol, como perla friolenta en la árida mano del espacio,
como semilla en manos del labrador,
dora de rosa tu carne funeral ¡oh cadáver de dicha!
¡nupcial materia pútrida!
Entrégame en tus labios, amor, muerte, tu edén.

CANTICO
2ª EPOCA . Nº 1 . ABRIL - 1954

PABLO GARCIA BAENA

EL MONJE EN LA VENTANA



Bien lo recuerdo... el corazón del agua
latía fresco al sol en su desnudo,
se dehacía en labios del sediento.
Como una parra en el feliz verano
vibra al calor azul de las cigarras
así el pueblo vivía y lentamente
se llenaban los trojes y lagares
cuando la espiga abate áureo tirso
y la grave viola del otoño
cubre de joyas manos enlazadas.
La dócil carne húmeda del búcaro
amaba el alfarero y era el grito
del vendedor errante rama última
en el ardiente árbol del ocaso.
Con un suspiro se venía la noche...
Pero mi pan es este pan partido
y la alcuza pequeña como oliva
rezumante de óleo, mi alimento.
Y nadie ha de saber cómo es de oro
mi sayal, que es de oro solamente
como vacía arca de las lágrimas.
Porque la puerta está ya bien cerrada,
para siempre cerrada, como tapa
de féretro clavada ante mis manos,
la puerta donde un día El me dijo:
"Quédate, se hace noche, entre nosotros".

CANTICO
2ª EPOCA, Nº 4
OCTUBRE - NOVIEMBRE 1954

PABLO GARCIA BAENA

CÁNTICO DE LOS SANTOS EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA

A María Santísima de los Dolores,
en su convento-hospital de Córdoba.

Si nuestro oficio no fuera el canto,
si como espesa sombra silenciosa,
esbelta selva de doradas palmas,
surgiéramos en torno a vuestro solio
si callaran los bellos instrumentos,
enmudecidas arpas y el oboe
se cubriera de un grave terciopelo de otoño
si las plegadas alas, la diadema
y el ceñidor fulgente oscurecieran
su antífona gentil de argénteos brillos
si el lirio índico de Gabriel languideciera
y los gladios del Príncipe arcangélico
suspendieran las albas como turbios
ensangrentados párpados
y Rafael cruzara las campiñas
calladamente en torno del viajero,
algún errante ángel de los bosques,
madera anochecida y aromática,
inflamaría con su voz de lumbre
el discanto y las olas de los cedros
en alabanza vuestra, oh Sagrada,
oh Reina de los Angeles.

Crecimos como vides en jardín de deshielo.
La torpe noche de medrosas lluvias,
negra bestia en acecho, nos rodeaba quieta,
pero signaba el hacha su rápido relámpago
y caía el baobab y los granados
fulgían carmesíes como ascuas de ira.
Volvía la simiente a la arañada tierra
y las tiendas ahincaban mástiles de triunfo
y levantaba el humo sus altares domésticos
y el manso aliento de los animales
nublaba con su paz la transparente esquila del ocaso
donde tú ya te alzabas como raja de luna,
oh Fiel, oh Reina de los Patriarcas.

Soledad de serpiente fué la nuestra...
Esposos castos junto a las ciudades
rameras que entregaban sus murallas
al desnudo mancebo del pecado.
Vestiduras de honra nuestros mantos
angostos, el pellejo del recental,
la palma y las yedras tejidas.
Nuestro lecho escondrijo de zorras en el monte
y la leche de cabra el alimento

que no apagaba sed de nuestras lenguas
crepitantes como olivar ardiente:
el absintio y la hiel sobre los labios.
Pero tú aparecías como nube
de dulces caños frescos derramantes,
oh Agua Viva, oh Reina de los Profetas.

Sentados en la arena cosíamos las redes...
La sal quedaba blanca en los pies
y a la hora del temor en la tarde
una canción surgía, acompasada, lenta,
como golpes de remos sobre el mar encrespado.
Luego, tribunos, templos, logias... Un viento fuerte
hinchando toda tierra... Varones galileos,
la sandalia ceñida, fuimos por los caminos
edificando gradas hasta donde brilláis
oh Aurea, oh Reina de los Apóstoles.

Aderezo de sangre, en vuestro cuello
lucimos, puras lágrimas de límpidos rubíes,
Agatha, Inés, Cecilia, Anastasia.
Rosas rojas que en bárbaros esmaltes
estofan, venas tibias destilando,
los corroídos mármoles paganos,
el alquicel sombrío de la Arabia.
Tímidos, sacros, pálidos pelícanos
para el garfio, las ruedas, las tenazas;
óleos hirvientes, corvos picos rítmicos
royendo médulas, rebanando senos
en palpitante pectoral de entrañas.
Mas vos sois, Desolada de los siete cuchillos,
oh Afligida, la Reina de los Mártires.

Dispuesta está la lengua en aclamaros.
Miles de voces, cuyo poderío
aplaca de aquilón la helada tromba,
erigen obeliscos a tu Nombre,
estremecen silencios de armonía.
Y tú conduces, calmas, sostienes esa música
que nace como lilas trémulas por las flautas
e incendia, dalia ópima, el ofertorio de las tubas,
oh Báculo, oh Reina de los Confesores.

Venía de camino... Los ropajes reales,
las encendidas lámpares aprestamos. No viene.
Vigilia de las horas esperando. No viene.
Se oyen llaves, postigos... Tal vez... y lentamente
la vida va acallando sus pisadas. En torno
Avila, Siena, Asís duermen. Abejar de oro
por los lunares claustros, las esposas
vamos velando los fuegos nupciales
y el ígneo corazón como una antorcha solitaria en la noche
arde de amor y aroma junto al vuestro
oh Vaso Laudable, Virgen Reina de Vírgenes,
Reina de todos los Santos y Santas del Señor.

CÁNTICO
Epoca 2ª. Nº 5
DICIEMBRE-ENERO 1954-1955

JUNIO

In memoriam J. de D. T.
Estío 1946.

BAJO tu sombra, Junio, salvaje parra,
ruda vid que coronas con tus pámpanos las dríadas desnudas,
que exprimes tus racimos fecundos en las siestas
sobre los cuerpos que duermen intranquilos,
unidos estrechamente a la tierra que tiembla bajo su abrazo,
con la mejilla desmayada sobre la paja de las eras,
la respiración agitada en la garganta
como hilillo de agua que corriera secreto entre las rosas,
y los labios en espera del beso ansioso
que escapa de tu boca roja de dios impuro.
Bajo tu sombra, Junio,
yedra de sangre que tiende sus hojas
embriagando de sonrisas la pared más sombría,
la piedra solitaria;
Junio, paraíso entre muros que levantas la antorcha de tus árboles
ardiendo en la púrpura vesperal,
bajo tu sombra quiero ver madurar los frutos,
las manzanas silvestres y los higos cuajados de corales submarinos,
la barca que va dejando por los ríos lejanos sus perfumes,
los bosques, las ruinas,
las yuntas soñolientas por los caminos
y el zagal cantando con un junco en los labios.
Quiero oír el inquieto raudal de los torrentes,
el crujido de las ramas bajo el peso del nido
y el resonante silencio de las constelaciones
entreabriendo sus alas como pájaros espumantes de fuego
al fúnebre conjuro de los nocturnos pífanos.
Bajo tu sombra quiero esperar las mañanas fugitivas de frescura
y los atardeceres largos como miradas
cuando todo mi ser es un canto al amor,
un cántico al amor entregado,
mientras las manos se curvan sobre las espaldas desnudas
y mis párpados se tiñen con el violento jacinto de la dicha.

Pablo García Baena

CARACOLA
Nº 29. MARZO 1955

Pablo García Baena

LOS que un día os llevasteis, Señor, ¿qué hacen ahora?
Sí, ya sé que tenéis un estrado lujoso
donde en sofá de rojos querubines ardientes
dialogáis altamente las Tres Santas Personas.
Y el escabel de luna de la Virgen María
y la fronda de solios, de tiendas, baldaquinos
donde, bajo el granate del vellorí, los Santos
reciben coronados al Esposo de Sangre.

Sí, ya sé; pero nada sabemos los mortales
y Vos lo sabéis todo. ¿Qué hacen, Dios, ahora?
¿Olvidaron por siempre sus terrenales patrias?
¿No recuerdan? ¿O temen escuchar en la noche
el gradual suspiro de la tierra girando?
¿Oyen las campanadas, las trompetas, el sordo
combate de los besos, la voz de los responsos?

¿Y no echarán de menos la gloria que termina,
la gloria de los días como la del olivo
bajo la pesadumbre de la muela del sol?
¿Tenéis a Vuestra Diestra a aquel joven suicida?
¿Y aquél que por los vagos coliseos de la noche
su soledad arrastraba como un ala, comprando
con monedas de angustia un símil del amor?

¿No piensan? ¿Son ajenos a ellos nuestros gritos,
nuestros cantos y el rezo tenaz de letanías
como la espesa lluvia en torno al mausoleo?

Tal vez en Vuestra Inmensa Sabiduría, Vos
que sabéis que son niños, como asustados niños,
les clavéis una sombra, un aroma o palabra
que les recuerde aquello que en un alba dejaron
precipitadamente: una gubia de oro
para tallar mi padre los celestes alerces,
un confuso rumor de aguas vivas cayendo
desde Generalifes de luna a Federico,
a mi madre una larga tarea de pespuntes,
al labrador la comba granazón de la espiga,
al leproso una carne de mármol y violetas
y un faisán como arpa vibrante de color
al estancado asombro de los ciegos extáticos.

Si alguna vez llegara, cumplidos ya los días,
con las manos tendidas como alfolí vacío,
a la última grada de Vuestro Sacro Estrado,
por el umbral dejadme, desde donde yo vea
un camino de tierra, una higuera sedienta,
y, a la rosa del véspero, una voz campesina;
porque mi oficio es sólo el mirar Vuestra Obra.

CARACOLA
Nº 31. MAYO 1955

PALACIO DEL CINEMATÓGRAFO

IMPARES. Fila 13. Butaca 2. Te espero
como siempre. Tú sabes que estoy aquí. Te espero.
A través de un oscuro bosque de ilusionismo
llegarás, si traído por el haz nigromántico
o por el sueño triste de mis ojos
donde alientas, oh lámpara temblorosa en el cuévano
profundo de la noche, amor, amor ya mío.
Llegarás entre el grito del síux y las hachas
antes de que la rubia heroína sea raptada:
date prisa, tú puedes impedirlo. O quizás
en el mismo momento en que el puñal levanta
las joyas de la ira y la sangre grasienta
de los asesinatos resbala gorda y tibia,
como cárdena larva aún dudosa
entre sopor y vida, goteando
por el rojo peluche de las localidades.
Ven ahora. Un lago clausurado de altos
árboles verdes, altos ministriles, que pulsa
la capilla sagrada de los vientos
nos llama; o el ciclamen vivo de las praderas
por donde el loco corazón galopa
oyendo al histrión que declama las viejas
palabras, sin creerlas, del amor y los celos:

«Pagamos un precio muy elevado por aquella felicidad»;
o bien: «Ahora soy yo quien necesita luz»,
y más tarde: «Tuve miedo de ir demasiado lejos»;
en tanto que el malvís, entre los azafranes
del tecnicolor, vuela como una gema alada.
Ah, llega pronto junto a mí y vence
cuando la espada abate damascenas lorigas
y el gentil faraute con su larga trompeta
pasea la palestra de draperías pesadas
junto al escaño gótico de Sir Walter Scott.
Vence con tu áureo nombre, oh Rey Midas; conviérteme
en monedas de oro para pagar tus besos,
en el vino de oro que quema entre tus labios,
en los guantes de oro con los cuales tonsuras
el capuz abacial de rojos tulipanes.
Vendrás. Alguna vez estarás a mi lado
en la tenue penumbra de la noche ya eterna.
Sentado en la caliza de astral anfiteatro
te esperaré. Tal ciego que recobra la luz
me buscarás. Tus hijos estarán en su palco
de congelado yeso, divertidos, mirando
increíbles proezas de cow-boys *celestiales,*
y yo ya sabes dónde: impares, fila 13.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 36. OCTUBRE 1955

DÍA DE LA IRA

DESNÚDAME, no tengo ya otra cosa.
El labio casi helado de besar tanta muerte.
Sájame la mirada, deja el ojo sin lágrimas
como una carne mísera, tibia para las moscas.
Sobre tu piedra estoy, no vencido, ligado:
hiere y al turbio caño de la sangre el impuro
animal de vagido caliente perezca,
pues que amó la carne y su comercio
y fué carnal el llanto para él, como un miedo
cobarde de pichones en las manos,
y la oración un pétalo manchado entre los dientes.
Raspa, raè de mi lengua su nombre si aún tienes,
en el día del rigor, panales de dulzura,
y opera con tu largo bisturí de clemencia
el corazón, la entraña que no tuvo cansancio
ni olvido en el sopor del vino y de las noches,
y que implacablemente perseguías
por las angostas calles de la antigua tristeza.
Rebana de los dedos su urdimbre de caricias
y deja que mis manos palpen ciegas y ajenas
la larga tela fría del desengaño.
Inerme sobre el mármol escucho el viento tuyo
de las trompas alzadas a la luna postrera,
cuando el ángel apaga la lucerna del tiempo
y remueve las vendas,
el sombrío aposento de las urnas,
el agujero oscuro, el cenotafio...
Porque desnudo estoy ante ti y te temo.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 45. JULIO 1956

PABLO GARCIA BAENA

SANSUEÑA

Alarbes estandartes,
por el cielo, entreabiendo,
rojos, violados, púrpura,
su alada rosa ajada
de pasamanerías,
buscando ¿es ahí?
un deseo, un amor
que se escapa, que flota
por las astas, las lanzas,
¿están? Sí, están... No.
Es el viento moviendo
el airón, la cimera,
la fugaz cachemira
de las estrellas. Queman
los brazos de amadores
por blancas torres altas

donde la luna inerme
fúnebremente toca
su parche retumbante.
Oscura la belleza
irrumpe, gime, tiembla
por el fagot estrecho
de largos, fríos claustros
donde Marsilio reina
sobre el laurel y el ébano,
sobre pequeños patios,
lindaraxas de mirto,
añafiles del agua
por las fuentes, cautivos
pájaros de las lágrimas.
Se abaten las banderas
como neblíes rojos
enlutando la almena
y el cardo del estío
verde y dorado esplende
en la vihuela trémula
de los músicos ciegos.
Candelillas de sándalo
incendia la tristeza
y en el carnal alféizar,
en cinturas de pajes
reclinadas, sonríen
vanas damas ligeras.
Mirador y ruinas,
yesería de yedra
por donde vuela libre,
como un ave de tarde,
huyente, Melisendra.

CANTICO
2ª EPOCA. Nºs 11-12. 1956

GUADALQUIVIR POR CÓRDOBA

PASAS y estás como una pisada antigua sobre el mármol,
y hay en tu fondo un velo de argenterías fenicias;
y en la noche de la Albolafia
surgen de oscuro labio enamorado
las suras como negras palomas implorantes.
Eres el rey, turbio césar que se desangra
sobre su propia púrpura de barros,
carne deshecha las rojizas gredas,
y flotas sobre tu huyente melancolía,
y fugaz permaneces
con tus manos de plateado exvoto acariciando
el toro, la columna, el santuario
y los pétreos plegados de la estatua.
Tu cuerpo generoso se queda entre los juncos
como en un verde acetre de vegetales oros,
herido entre las zarzas por la voz y la noche
que la guitarra vierte sombría y encelada,
mientras los que se aman, de una orilla a otra orilla,
con las tendidas manos sollozantes hundidas en tu agua,
escuchan silenciosos tu bronco latido solitario
de astro centelleante entre los naranjales.
Brizas la inocente madera de las barcas
y abres un surco de congelado asombro
ante la esteva sacra que guía la bogante rueda de los molinos,
donde descansa erguida
la dorada y bermeja palmera de los Mártires:

el cielo ya en los ojos torcaces de Victoria
y Acisclo como un bello ostensorio labrado.
Tal audaz caminante
que un punto se detiene en la suave colina
y fija la mirada en la ciudad que adora y aleja para siempre,
así tú te remansas por los jardines tristes,
por las torres guardianas, por humildes tejares;
y tu rumor real, que baja victorioso
como guerrero esbelto de laureles
desde la áspera cueva de las sierras natales,
anida dulcemente en la cárdena adelfa
que tu mano instrumenta como roja viola apasionada.
Cuando sube la noche a su ajimez de luna
y el licuor de tus ópalos se agita intensamente,
los jóvenes ahogados del estío
levantan en silencio sus lívidas cabezas
que rotos ungüentarios perfuman de estoraque;
y sus miradas líquidas,
donde engastan los sábalos alhajas cinerarias,
contemplan el ciprés, la celosía, el patio,
los muros con la lepra verde de la alcaparra;
y suspiran y tejen coronas de amaranto,
de granadilla y mirto de hojas chorreantes
que van frescas, intactas, por tus crines undosas
hasta la sien vencida del amante que vive,
a tu orilla, la noche mortal del paraíso.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 52. FEBRERO 1957

SUEÑO DE ADÁN

(A Bernabé Fernández-Canivell)

DORMIDO estoy, pues que dormir es esta
sombra que al primer barro me devuelve.
Dormido en el vergel de Dios, cansado
entre sus manos grandes que meciendo
van mi sueño, el jardín, la tierra oscura.
Alta es la noche. Al aire, la candela
redonda y blanca fulge de la luna,
esparciendo claror en el silencio.
¿Silencio? Sí, silencio. Dios respira
en silencio de estrellas. Más, rumores
hinchan el bosque como fruto cálido,
estallante. Vibran de luz las alas
de oropéndola y cínife. Los ciervos
entre el rojo carbunclo de la adelfa,
braman, la llama esbelta de las astas
enredada de rosas ¿no era rosa
el nombre que le di a aquel aroma
vivo y fugaz? Las palmas se estremecen,
se orean con el viento de las águilas
emparejadas. Juntas van las aves
y un animal se tiende cerca de otro.
Mas mi sombra está sola sobre el mundo...
Sombra de rey. Ser rey es estar solo.

¡Déjame pasear entre tus aguas,
lluvia del sueño! Anega mis arcillas
interiores y suéñame un ser nuevo.
Invade mis riberas tal la ola
que la cárcava llena y en la playa
deja el nácar bellido de las conchas.
Déjame tú también su grácil nácar

entre mis manos, como un lirio príncipe
del alba por mi carne floreciendo.
Un nuevo ser de luz, graciosamente
errando entre las frondas virginales,
de fuego y ala su incipiente paso.
Criatura cereal, tronco de frutas
recientes, algo torpe vive, enreda
su verde llama fría como escama
por sus hombros de flor, entre las hojas
mojadas de sus ojos y profundas...
Así te pienso y surges en mis manos.

Voz sagrada de Dios. La tarde tiembla
en sus turbios balajes. Queda el canto
del pájaro hecho sal. ¿Aun yo sueño?
La fuente evoca su faisán esquivo.
Germinada en mi espalda, como un ala
pesas y yo te llevo. Lumbre angélica,
embellece el laurel desnudo y joven,
incendia, árbol de ascuas, el violado
jardín que alza su oración de humo.
No mires hacia atrás. En nuestra carne
rojos dientes de zarzas. Está abierta
la puerta y fuera gime el viento solo.

(Del libro ÓLEO, que próximamente publicará la Colección "Ágora".)

PABLO GARCÍA BAENA

CUADERNOS de AGORA
Nº 5-6. MARZO-ABRIL 1957

NOMBRE

AHORA que ya estás solo otra vez para siempre
—el café humeante en la taza pequeña
y la resignación en sus cápsulas blancas
como aspirina para la neuralgia de la tarde—,
vuelca ese nombre en la redonda mesa,
como el dado al azar de tréboles y damas,
y ámalo, pues que un día tendrán misericordia
de los dos por amor que fué tan sólo tuyo.
Arrójalo en la charca que encerrara el olvido
y no temas que el agua se aparte ante su lumbre
como el mar ante el carro de Israel;
volverás a encontrarlo aunque parezca
que pesa como roca su corazón. Un día
devolverán las olas su cuerpo, tal cadáver
hinchado que arrojara el palafrén marino.

Contra las injusticias y su corte de talares fantasmas,
contra el odio y su roja muceta de verdugo,
contra la insidia y el rencor y la esperanza abolida
tú tenías su nombre, un solo nombre breve,
como un agua sonando entre las guijas de tus huesos.
Con él viviste en la vieja mansión deshabitada
la libertad de un sueño. Acaso el adulterio
sorbía como boca sedienta las palabras
escritas en la arena. Era la casa vieja.
Por salones que el humo deshacía, paseabas...
Plegaban cortinajes en los muros del viento.
Encendías el fuego y era fría la estancia
y llegaba el otoño con su bastón helado
y se olía la muerte entre las lilas.

Un nombre, sólo un nombre. Sálvalo de la niebla
y ponlo en la balanza de las postrimerías:
quizás su peso sea el de tu vida.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 57. JULIO 1957

JARDÍN GALANTE

(JUAN RAMON JIMENEZ)

OTOÑO y Mozart vagan por el parque desierto.
El humo de las hojas, el humo de la orquesta
sube desde la tierra en una fina rúbrica
que despide felices veranos fugitivos.

Tiembla el breve arabesco de un pañuelo. Las flautas
se acodan en adioses de escalas, en suspiros
donde cuelga el racimo de la melancolía
y resisten tenaces en los brazos del viento.

El palacio se incendia igual que una granada
de vitrales violeta, y el carmesí alumbre
de la tarde refulge en cristales de lámparas
frías y goteantes como blancas medusas.

Cuelga el cémbalo lutos por el álamo esbelto.
El jardín va cercando de olvido el barandaje,
y las carnales rosas sienten el calofrío
del violín como un chal sobre desnudos hombros.

Ella desciende lenta las gradas hacia el parque
—el ujier a su paso ha sonado la pértiga—,
y por el laberinto que los setos bordean
el corazón revive, fatigado, su historia.

Huir... Está el faetón aguardando encendido.
Huir, ¿dónde? Vacila su alto tacón incierto.
Respira el *leitmotiv* de la fuga en las fuentes.
Huir... Y lentamente regresa hacia la fiesta.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nos 60-61. OCTUBRE-NOVIEMBRE
1957

AUNQUE ES DE NOCHE

PORQUE es de noche y va cayendo el agua
nos abrazamos, solos, en el viejo
regazo del sofá, en tanto suena
la voz de Nat King Cole, triste y cálida
rama de broncas ascuas crepitantes
en la garganta humana de los discos.
Aunque es de noche duerme en su litera
de angustia el senescal, ora dormido
el obispo yacente sobre el laude,
y en su cama de ruedas duerme el ciego.
Dormido el mundo, tú y yo velamos
solos sobre la tierra, porque es noche
y el agua vierte pura hondo sueño.
Un humo de durmientes nos acerca
las bocas... Calla tu corazón al miedo
aunque es de noche y está frío el planeta,
con nosotros y el bosque de esa música
tupiendo yedras alrededor nuestro.
Llamas somos de un sueño largo y torpe
que los tendidos sueñan silenciosos
desde el jergón postrero de la tierra.
Sólo es real el vaso rebosante
de mi sed, aunque el agua está manando
y es noche para siempre, noche oscura.

PABLO GARCÍA BAENA

CUADERNOS de ÁGORA
Nos 25-26. NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1958

SONETO A LA "NIÑA DE LOS PEINES"

(CÓRDOBA, 14 DE MAYO.)

GIRALDA de las voces... Padecía
por su garganta un ave prisionera.
Era la pena de la petenera
y era un vuelo de llanto y agonía.

Entre el celo y la muerte y la armonía
de la amargura ardiendo como cera
está Pastora sobre su ara ibera:
Nuestra Señora del Andalucía.

Cádiz de sal, Triana de la luna,
Málaga del jazmín, Córdoba amante,
le dan el vino denso del olvido.

Y ella, que el grito y el silencio auna,
raja el granado rojo de su cante
y entrega el corazón y su latido.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 101. MARZO 1961

ELEGIA POR SOLEARES
A MANUEL RODRIGUEZ

MUERTE

¡Silenciò! Que las guitarras
derramen junto a los mármoles
el arca azul de las lágrimas.

¡Silencio, digo! Que baja
el cuchillo de los gallos
por la campiña lejana.

Abría la madrugada
su ojo de yegua joven
en los jardines del alba.

Cipreses de verde llama
el turbio vino del llanto
en rotas copas derraman.

En la sortija de plata
de la luna, el ruiseñor
aprisiona su garganta.

Duermen columnas y palmas
y Córdoba se estremece
al frío de las navajas.

INFIERNO

Que nadié a la calle salga.
Niña, cierra el mirador,
corta el limón y la albahaca.

Ya lo suben, ya lo bajan.
La taleguilla era rosa
como la rosa en la rama.

Por las calles solitarias
rojo caballo de sangre
va tiñendo las ventanas.

Dalias de niquel, heladas
deshojan alcohol y pétalos
sobre el cisne de las sábanas.

Palpitan besos y larvas
en suave aletear
de palomas degolladas.

Deja esas vendas, muchacha.
Dile al Arcángel que entre.
Ya no se puede hacer nada.

GLORIA

Abre su capa morada
en verónicas la tarde
de sollozos y pisadas.

Y un rumor de brisa y nácar
tronchaba las madreselvas
sobre el río y las murallas.

Gotean llanto las flautas
y el nardo hiela su carne
en cabelleras amargas.

Por los palcos y barandas
el toro huído de Agosto
limpia de sangre sus astas.

Muchachos verdes del agua
desnuna de los aljibes
lanzan al cielo naranjas.

Y sobre blancas terrazas
Córdoba marchita el lirio
de sus fúnebres campanas.

PABLO GARCIA BARNA.

PROGRAMA de la
FERIA de FERNAN-NUÑEZ
AGOSTO 1962

A LA LUNA

A Blanca-Nieves y Fernando Almansa

SUSPIRO de la noche, perla fría
que el estival ardor cambias en nieve.
Fuente donde la alondra trinos bebe,
azor de la nocturna cetrería.

Alas que navegáis la helada ría
del cielo en brazos de la brisa leve.
Rosa dormida en luz, de donde llueve
frescura de silencio y melodía.

Amantes que en la noche serenada
empañáis los cristales de la luna
con el suspiro que os destroza el seno:

Besad, que ya la aurora viene alada,
antes que Febo salte de su cuna
y que el olvido vierta su veneno.

PABLO GARCÍA BAENA

CARACOLA
Nº 228. OCTUBRE 1971

GUADALQUIVIR POR CÓRDOBA

Pasas y estás como una pisada antigua sobre el mármol,
y hay en tu fondo un velo de argenterías fenicias;
y en la noche de la Albolafia
surgen de oscuro labio enamorado
las suras como negras palomas implorantes.
Eres el rey, turbio césar que se desangra
sobre su propia púrpura de barros,
carne deshecha las rojizas gredas,
y flotas sobre tu huyente melancolía,
y fugaz permaneces
con tus manos de plateado exvoto acariciando
el toro, la columna, el santuario
y los pétreos plegados de la estatua.
Tu cuerpo generoso se queda entre los juncos
como en un verde acetre de vegetales oros,
herido entre las zarzas por la voz y la noche
que la guitarra vierte sombría y encelada,
mientras los que se aman, de una orilla a otra orilla,
con las tendidas manos sollozantes hundidas en tu agua,
escuchan silenciosos tu bronco latido solitario
de astro centelleante entre los naranjales.

Brizas la inocente madera de las barcas
y abres un surco de congelado asombro
ante la esteva sacra que guía la bogante rueda de los molinos,
donde descansa erguida
la dorada y bermeja palmera de los Mártires:
el cielo ya en los ojos torcaces de Victoria
y Acisclo como un bello ostensorio labrado.
Tal audaz caminante
que un punto se detiene en la suave colina
y fija la mirada en la ciudad que adora y aleja para siempre,
así tú te remansas por los jardines tristes,
por las torres guardianas, por humildes tejares;
y tu rumor real, que baja victorioso
como guerrero esbelto de laureles
desde la áspera cueva de las sierras natales,
anida dulcemente en la cárdena adelfa
que tu mano instrumenta como roja viola apasionada.
Cuando sube la noche a su ajimez de luna
y el licuor de tus ópalos se agita intensamente,
los jóvenes ahogados del estío
levantan en silencio sus lívidas cabezas
que rotos ungüentarios perfuman de estoraque;
y sus miradas líquidas,
donde engastan los sábalos alhajas cinerarias,
contemplan el ciprés, la celosía, el patio,
los muros con la lepra verde de la alcaparra;
y suspiran y tejen coronas de amaranto,
de granadilla y mirto de hojas chorreantes
que van frescas, intactas, por tus crines undosas
hasta la sien vencida del amante que vive,
a tu orilla, la noche mortal del paraíso.

PABLO GARCIA BAENA

CARACOLA
Nº 238-242. AGOSTO-DICIEMBRE 1972

J U N I O .

Bajo lunas de sueño

volvías a surgir desnuda como entonces

criatura de armonía junto a la adelfa lánguida
de Junio.
Pero la noche era una copa vacía junto al labio

y el frío de las albas endurecía la carne de
los frutos.
Solo vivía el pasado en su confuso cénit

y tu voz me llamaba desde el sueño,

lejana entre los sauces

que el viento instrumentaba como laúdes verdes
de penumbra,
y río abajo iban, navegantes,

príncipes en las góndolas purpúreas,

estrujando en las ánforas el zumo de las horas,

arrojando en las aguas talismanes.

Surgías entre cálidas ruinas del estío

como un ave feliz, y los jazmines

espesaban su sombra blanca y fría.

Pero un rumor secreto de guitarras

deshojaba la rosa última de la noche

y el desnudo jinete desdeñoso,

por las murallas verdes del acanto,

segaba con la cruel sonrisa de su espada

el nocturno azahar y la melancolía...

Pablo García Baena

UNICORNIO
Nº 1, julio. 1975

ROGATIVA POR LA SERENIDAD

A Blancanieves Fernández-Canivell,
lux perpetua.

La montaña y sus fuegos solitarios,
la vela que por el mar entreabre su ala,
la garza de geografía trashumante,
el rostro iluminado,
una mano los guía, vigila, enciende,
duerme.
El secreto del atardecer despidiéndose,
la fiebre y sus arañas de coral por las sienes,
la tormenta que rasga el cantoral de otoño,
el amor y su gloria,
la misma mano los levanta, nace,
funde, estremece, ciega.
Abre esa mano tuya sobre el mundo asustado,
sobre la cripta de terror inmóvil;
ahuyenta los nocturnos fantasmas interiores.
Estamos solos todos, sentados a la cena.
Tú también estás solo y lloras sin discípulos
largos sollozos en la madrugada
que oyen sobrecogidos los humanos.
Y está tu mano antigua que sabe a sal y a niños,
Juez, no firmes aún, tiende tu mano, padre,
abierta con el pez,
la paz florida, amarga
mano de piedra dura, arquitectura sólida

donde anclar la armadía naufragante,
madera hinchada, sogas que se pudren
—tañe en la niebla espesa la campana—,
barril a la deriva. Resistimos.
¿Es ya la hora del grito?
Danos tu mano porque perecemos,
salvador,
húndenos en tu agua inescrutable.

Porque eras nuestra quiero recordarte
serena niña azul, entre la nieve
cálida de tu nombre, viola blanca,
fugitiva sonrisa de la tierra;
no ángel, no sagrado ser sonámbulo,
del sol, del mar, del aire, la alegría
eras de nuestro mundo, leve arcilla
goteante, criatura de armonía:
¿qué haces ya bordada en los tapices
dorados, en las pálidas vidrieras,
hagiografía de cortes celestiales,
prematura del halo y el silencio?
Aquí erigías alta la columna
de la amistad, el vaso limpio y claro,
la lis, el tirso, las lejanas flautas.
Aquí tu corazón de tibios panes
encendía su lumbre a la tristeza,
ascua viva de sándalo en la noche.
¿Velas ahora el óleo de las lámparas?
Fue inútil suplicar y no atendieron
potestades, pontífices, profetas,
a la implorante mano ni a las lágrimas.
Arrebataron nuestro bien celosos
de tenerte en la nube como ornato,

indumento de gloria, palma grácil
abriendo Andalucías en la altura.
Quizás hueles las rosas y sonríes.

Sonreímos pensando
que acaso no sea tanto lo que dejamos
aunque nos apeguemos a las cosas como la carne al hueso.
Alta el águila lleva su presa hacia el pasado.
Sí, tal vez no sea poco
un nombre, unas hierbas de aroma entre los dedos,
un solo minuto solitario en tus propias ruinas iluminadas
para el gran fin de fiesta.
Ah, fugitivo, fugitivo entre dos trenes
con el pequeño cabás de hule preparado
y el guardapolvo viejo estilo
en la destartalada estación provinciana
de hierro y marquesinas.
¿Sabiduría era sólo esperar?
¿Es eso todo? Oscuridad, ceniza,
labios gastados ¿no será ya la aurora
pisando el oleaje de la remota orilla?
Una orilla, otra orilla ¿sabes tú en cuál estás?
Irreal es tu paso por la arena
y el futuro es ahora.
Dispón el libro, la transitoria sombra,
ordena aquel verano,
rellena el cuestionario: letra clara, mayúsculas,
a ser posible máquina,
antes que el tiempo acabe.

Pablo García Baena

CUADERNO de BLANCANIEVES
1978

A NUESTRA SEÑORA DE LAS TRISTEZAS

Abadesa del llanto, Prelada de los lutos,
¿qué oficio de difuntos reza vuestra amargura?
Si la cruz, como árbol de sangre en la negrura,
es nido temporal donde rojean los frutos...

Hábito de pesares, reales atributos,
esa frente que acepta la doliente tonsura,
y esos ojos que saben la mortal desventura
de tantas madres solas en duelos absolutos.

No lloráis por Jesús. Lloráis por los humanos
a ciegas en el páramo confuso de la vida,
Afligida del cielo, Varona de pobreza.

Unge del óleo zarco que mana de tus manos
el corazón, el ascua altanera y herida,
Desolada del mundo, Dama de la tristeza.

Pablo GARCIA BAENA

ALTO GUADALQUIVIR.
Nº SEMANA SANTA CORDOBESA 1979

ROMERO de TORRES.

A Mª Pepa Estrada.

La Pintura era "fauves", era Kandinsky, era Gauguin de
Pero él era sólo su ciudad y le bastaba <clásicos
verdecer en los colas Andalucías a Leonardo,
chatones de Valdés en sacros brocas vigiladas,
espejos venecianos con joyas, joyel, tenor.
Era su vida, era color donde el pecado
amanecía indolente en la melancolía,
aprisa que ya enfriaga su llegar a la bocina.
La carne denunciaba su impudor de inocencia en turbación
junto a narices pálidas de estancia o diosas <clásicas,
con rosas y cojines malditos de besúes.
Encolegios romanos sostienen, cera o navío, manos de
Consuelo de lo nuevo. Un jazmín, un <salterio,
una historia de celos en la barraja, alguien
arrodillando la culpa del rojo en el alvaro.
Murió en marfil.
Caían en la fuente los últimos cascabeles.

P. Gavilán Tercero

"Homenaje de la Poesía
Malagueña a María Pepa Estrada".
Marzo. Málaga. 1980.

LAS AGUAS SIN SOSIEGO

JORGE GUILLÉN

El mar sonando por aquellos versos,
cóncavo, azul. Las olas levantaban
palabra estremecida, deslumbrante,
justa. Se ahogaban los oyentes
–de visita el soviético boyardo–
aquella tarde en el paseo marítimo de Málaga.
El patriarcal poeta, casi busto,
bulto escueto de hueso y pensamiento,
no bronce o mármol la serena testa,
joven leía su vida renovada,
el entrojar de luz germinadora.
Se oía el oleaje ¿fuera? dentro,
cúpulas elevándose sonoras,
cercano: impulso, ansia, desosiego.
Cadenas rotas por la playa libre.
Vejez es ya victoria. Triunfal el creador
poderoso mostraba chorreante,
fresca, recién regada hoja nueva,
la obra viva, sin edad, sin límites:
verde magistralía vigorosa.

Pablo García Baena

"CABALLO GRIEGO PARA LA POESÍA", Nº II.
MÁLAGA. MARZO-ABRIL, 1977.

HELIOS

Ansiaste que algún día llegara hasta tus labios
pues parecía ofrecerlo, amigo y cómplice,
agua o sed que manara entre sus manos ahuecadas,
la oval greca del pelo oreciendo,
como el disco solar alejandrino,
la luz, fulgor impávido.
Lo veías pasar en el invierno privilegiado de la playa
apenas abrigado con un gorro de lana de colores,
cuando el mar se despierta en furia, poderoso,
las fantasmales olas grises levantadas, batiendo
las indefensas rocas.
Con el estío, ligero, Doríforo andaluz,
la delgada caña de pesca al hombro tal hastario,
por el umbral de arena donde amables
ondas o lenguas de animal doméstico
lamían huella y pie, la entesa pierna,

seguro el paso ágil,
casto y perverso como tigre en celo.
Allí permanecía de siempre junto al agua madre,
cuerpo,
criatura anterior a dioses, él sagrado,
relevo de hermosura por los siglos,
azar ciego y voluble,
de uno en otro el don inmarchitable.
El mar, el mar te lo quitaba día a día
en aquella costa fabril y edénica
donde la adelfa roja nace fúlgida
pese al entonatorio suplicante de los mortales.
A veces te mandaba una postal con faros y balizas,
con el peñón o barcas de fanal encendido.
Mentía:
«Es noche y pienso en ti»,
«He gritado tu nombre por la gruta marina».
Me pareció escucharlo y volví. El acanto
crecía junto a su puerta modernista y corintio.
Lo busqué por la orilla, el aduar de lona, los bañistas,
la espelunca de cámbaros y líquenes.
Allí estaba. Gemía enlazado a otro cuerpo.

Entraba el sol radiante por la casa de Cáncer.

PABLO GARCÍA BAENA

"TORRE DE LAS PALOMAS", Nº 7
MÁLAGA, FEBRERO, 1980.



C U A R E S M A

Ya hay rosas en los patios
y el arrayán asoma en la cuesta encalada de los Dolores.
Hoy he visto las cigüeñas en sus antiguos nidos
volar sobre el humilde campanario de monjas
limpio de fina lluvia:
Santa María de Gracia alzaba su espadaña
como una flor silvestre tímida de su olor
hacia el trono enlutado de la tarde.
En las húmedas sacristías de los frailes
hay un lego que ordena las casullas
y el cáliz y la estola que han de servir mañana
y los niños que ayudan en la misa comen recortes blancos de las hostias
y todas las tardes, a estas horas, a las cinco,
la Salve suena en las campanas
como una copa llena de amargura hasta los bordes
y sin embargo rebosante tan solo de dulzuras,
como una paloma de ecos que volara sobre los miradores y el río
desde los Trinitarios al Espíritu Santo
donde sorprende con su vuelo al señor rector
cuando camina hacia la parroquia para el rosario
apoyándose gravemente en su paraguas grana.

Como un alba suave por las vegas de mieses,
como una armonía dulce floreciendo en la avena de los prados
desciende Primavera
y sus alas inmensas ocultan la granada rojiza de la luna
y hay almas que suspiran sin cruzar el dintel,
Señor, de vuestra Cámara,
donde solo los óleos arden como un arcángel
alumbrando las cárdenas colgaduras sombrías
y los blancos cendales que velan vuestro rostro.
Suspiran porque es triste envolver en la niebla lo pasado
y olvidar en el sueño todo lo ya vivido,
todo lo que se ha amado solo sombra y ceniza
y es difícil de nuevo levantar las columnas.
Y cuando esas almas nuestras se alejan de tu umbral
aun perdonas
y sientes otra vez el frío del Pretorio hacia la madrugada
y otra vez canta el gallo ¡Señor, no te conozco!
y tu mirada es como miel dulcísima vertida en vaso roto
y Tú aun perdonas
y otra vez cae la cruz sobre tu hombro desollado
y las mujeres lloran, quedo, bajo los arcos
y tus llagas enjoyan las estériles piedras de aquel monte
y el mármol que se rompe como el velo del Templo
proclaman que tu Muerte es la única Vida.

Hay rosas en los patios
y el arrayán asoma en la cuesta encalada de los Dolores
y por la calle Cidros pasa el hombre que vende hierbas medicinales.
En su canasto lleva la salvia y la ajedrea,
el oloroso espliego y el eléboro azul que ahuyenta la locura.
Se oyen lejos trompetas y tambores que ensayan para los Días Santos.
En el silencio vibra la tarde de campanas.
Ahora estarán cantando carmelitas descalzos bajo dormidas bóvedas.
Sobre las frías losas se humillarán las almas que hacen el Vía-Crucis
y bajo la dorada Paloma de los púlpitos una voz gritará:
Aún es tiempo. Antes de que se diga:
«Echad la hoz porque la mies está ya madura.
Venid, descended; porque el lagar está lleno».
Fray Juan pondrá camelias de raso violeta junto a Cristo Difunto
y cuando en la clausura cerrada de los huertos
se levante el morado latido de los lirios,
tras de la triple reja de los coros humildes,
ocultos los altares, sin luz el tenebrario,
llorará Jeremías su lamento nocturno,
desnudo, desgarrado como un ciprés que alza su grito en la tormenta.

Pablo García Baena.

"CÓRDOBA ETERNA"
CÓRDOBA, FERIA DE MAYO, 1948.